LA
VOZ
DE MI
ASESINO

KAREN L. PARRA

LA
VOZ
DE MI
ASESINO
KAREN L. PARRA

# LA

# VOZ

# DE MI

# ASESINO

KAREN L. PARRA

Contenido



## CAPÍTULO 1

Al despertar, la oscuridad era casi total, y un zumbido que retumbaba en mi cabeza me impedía escuchar nada, pero percibí de inmediato el inconfundible olor metálico de la sangre.

Sé que envié a mis músculos la orden de palparme para descubrir si el olor provenía de mí, pero no hubo ninguna respuesta. Estaba paralizada. O más bien desconectada, como si mi cuerpo no fuera mío, y yo me hubiera desdoblado y lo mirara desde lo alto. Traté de levantarme, pero cada vez que tenía el impulso de hacerlo, un dolor agudo me obligaba a desistir. Ni siquiera podía reconocer de dónde provenía exactamente ese dolor. Solo tenía la consciencia suficiente para saber, sin ninguna duda, que ese dolor era mío. Enteramente mío.

Dormité de forma intermitente durante… no lo sé, varios minutos, ¿horas? No podría saberlo. Como flashes, de vez en cuando la penumbra tomaba la forma distinguible de alguna imagen. Vi las copas de los árboles juntarse sobre mí, iluminadas tenuemente por la luz de una luna muy distante.

No podía deducir demasiado a partir de esas imágenes emborronadas, pero cualquier información me parecía valiosa en esas

circunstancias. Traté de agudizar la vista para reconocer el patrón en la forma de las hojas. Reconocí la silueta de una pirámide invertida, con hojas anchas en agrupaciones impares. Había visto esa clase de árboles antes. Estaba segura. Pero también estaba demasiado agotada para recordar dónde.

Debí conformarme con la información más obvia. La penumbra era casi total, así que, a menos que ya estuviera muerta y transitara hacia el inframundo, tendría que ser de noche. Hacía frío, pero esa deducción me pareció cuestionable. Si el olor a sangre provenía de mí, quería decir que tenía una herida expuesta. La pérdida de sangre podría hacerme experimentar ese intenso frío, incluso si estuviera tirada en medio de la selva tropical.

Por ahora, toda esa información me parecía inútil. Lo único que había podido comprobar, y parecía realmente importante, era el hecho de que los árboles sobre mí se movían a gran velocidad. Pero eso era imposible, porque los árboles son justamente famosos por su pasmosa quietud, ¿verdad? Así que no podían ser ellos sino yo quien se movía. ¿Yo? Ni siquiera había podido levantar mis manos para descubrir si aún las temía. No, yo estaba desvanecida, desplomada, exangüe, quizá a punto de morir. No era yo quien se movía. Alguien lo hacía por mí. Alguien me transportaba a gran velocidad bajo las copas de aquellos árboles y a la mitad de la noche.

Quizá había sufrido un accidente en la carretera, y me trasladaban en una ambulancia hasta un centro de salud. No lograba recordar si había estado conduciendo, pero tampoco podía descartarlo, así que dediqué más empeño a evaluar la hipótesis de la ambulancia. No podía recordar dónde estaba, o si había conducido o no, pero ni siquiera en esas deplorables circunstancias podía ignorar que ninguna maldita ambulancia en el mundo tendría el techo destapado.

Inspiré con fuerza para aprovisionarme de algún olor diferente al de la sangre. El dolor punzante regresó en pleno, y el zumbido en mi cabeza se agudizó aún más. Me recriminé mentalmente por esa imprudencia. Sin embargo, solo un instante después reconocí la fragancia familiar de un perfume. Ese aroma trataba en vano de dar forma a un recuerdo en mi memoria. No, aún no era posible. Pero no dejada de ser un indicio de algo más.

Lentamente, el agudo zumbido aminoró hasta caer a un segundo plano. El ruido inconfundible del motor de la camioneta y de los neumáticos apartando las piedras del camino me pareció, de golpe,

evidente. ¿Estaba en la parte trasera de una patrulla de policía? Me hubiera gustado levantarme para comprobarlo, pero cualquier movimiento estaba aún fuera de mis posibilidades.

Cerré los ojos, apacigüé mi respiración, y me concentré en el sonido del motor. Estaba revolucionado de más. Quien conducía no lo había notado. No era, por supuesto, un policía. Se trataba de una persona inexperta. O estaba demasiado distraída para notarlo. Sí, debía de ser eso. La angustia nos distrae, nos impide percibir incluso lo más evidente. Pero, ¿por qué se sentía así? ¿Le angustiaba llegar a tiempo para salvarme, o solo le preocupaba que alguien pudiera estar siguiéndonos los pasos?

Un bache en el camino me devolvió la sensación táctil, de súbito, como si acabara de despertar de una anestesia. El dolor que había sentido antes no se podía comparar con lo que ahora sentía. Indicios de heridas profusas me llegaban desde todo mi cuerpo. Excepto de una de mis piernas. Tal vez estaba adormecida. Deseé que fuera eso, pues la otra explicación más plausible, aparte del adormecimiento, era que mi pierna había sufrido tanto daño que ya no podía sentirla. Quizá ni siquiera seguía unida a mi cuerpo.

Contuve la respiración para poder aguantar el dolor que sabía que me sobrevendría. Estiré los dedos entumecidos de mi mano para tratar de palpar mi propia pierna. El dolor que me producía ese movimiento era verdaderamente atroz, y yo quería gritar y llorar, pero la información que había conseguido hasta ahora me sugería que debía ser prudente a toda costa.

Apreté los dientes para soportar el dolor mientras daba pasos cortos con mis dedos hasta alcanzar mi pierna. Seguía allí, en su lugar, unida a mi cadera. Pero no podía sentirla en absoluto. La sensación al tocar mi pierna, sin embargo, era cálida. No la había perdido. Tal vez la perdería en algún momento si no podía inspeccionarla pronto y hacerme curaciones, pero, por ahora, estaba a salvo. Una preocupación menos.

Al dejar caer mi mano, sentí bajo mis dedos la forma de otra extremidad. Pero esta no era mía. Estaba segura de que no era mía. Era una extremidad delicada, suave, entumecida. Y fría. No tenía ninguna duda de que aquella extremidad estaba más fría que todo mi cuerpo.

Arrastré mis dedos sobre la extremidad para reconocerla. Toqué sus dedos, sus uñas prolijas y largas, dedos y nudillos demasiado finos,

una delgada muñeca, el delicado antebrazo… Estuve segura de que era la extremidad de una mujer muy joven. Avancé despacio hasta alcanzar su cuello, frío, casi rígido, su cabello abundante, el contorno de su rostro.

Hubiera preferido no tocarla, pero era necesario. Necesitaba saber más, necesitaba saber a qué me enfrentaba. Al pasar mis dedos por su boca, la humedad espesa de la sangre ya coagulada me hizo sentir escalofríos. Los árboles se habían cerrado definitivamente sobre mí, y la noche no me permitía ver nada. Cerré los ojos para evitar que fortuitos destellos se convirtieran en distracción. Volví a inspirar. Otra vez el dolor intenso. Otra vez el aroma familiar de aquel perfume. Pero esta vez también reconocí la presencia de otro olor, más tenue, muy por debajo del regusto amargo de la sangre. Era un ligero aroma a licor.

Tal vez ella y yo habíamos estado bebiendo. Un accidente de tránsito empezaba a parecer, otra vez, la opción más probable. ¿La persona que nos transportaba trataba de salvarnos? Habría visto los cuerpos tirados en la carretera. Se habría detenido, nos habría subido con dificultad a su camioneta, conducía a toda prisa a través del bosque para acortar el camino. Trataba desesperadamente de salvarnos. Pero la otra mujer ya no tenía ninguna oportunidad. Estaba muerta. No tenía ninguna duda de eso.

Sentí pena por ella. Había reconocido su perfume, así que yo la conocía. Tal vez era mi amiga. Tal vez era mi pareja. Sentí una gran tristeza por no poder recordarlo. Me hubiera gustado mirarla, pero la oscuridad me lo impedía, y yo apenas conseguía balancearme un poco a cada lado. En lugar de tratar de observarla, pasé despacio mi mano por su rostro. Quería hacerme una imagen mental de su rostro, recordarla, poder pronunciar su nombre.

Casi toda la porción distal de mi dedo índice entró en el agujero que la mujer tenía en la mitad de la frente. Era un agujero pequeño, de forma regular, aunque en el interior se expandían las astillas cortantes del hueso frontal hecho pedazos. Varios objetos podrían crear una herida como esa, con esas mismas características. Pero una bala era, por supuesto, el objeto más probable.

El descubrimiento de esa herida me evocó un fuerte reflejo. Aparté rápidamente mi mano, y giré mi cuerpo hacia el extremo contrario. Al hacerlo, me di cuenta de que el movimiento había sido demasiado brusco, y podría haber alertado al conductor. No tenía tanta información como para saber lo que estaba pasando, pero sí

tenía la suficiente para saber que mi supervivencia dependía de la cuidadosa elección de cada una de las decisiones que tomaría esa noche.

Del otro lado, otro cuerpo me detuvo. Otra mujer. Mi rostro quedó casi pegado al suyo. No tenía ninguna herida visible, pero estaba muerta. Sentí que su rostro me era vagamente familiar, pero era posible que esa sensación fuera un recuerdo falso. Desistí de tratar de reconocerla, pues el esfuerzo avivaba el zumbido y eso amenazaba con contaminar mis pensamientos. Tenía que ser capaz de conservar la mayor lucidez que me fuera posible. No podía darme el lujo de divagar, ni mucho menos de caer en la desesperación.

Por ahora, en lo único en que debía pensar era en lo que haría cuando la camioneta se detuviera. Porque se detendría, inevitablemente. Era bastante claro que el conductor nos apartaba cada vez más de la civilización, pero se dirigía a alguna parte. No quería testigos. No quería que nadie lo viera transportar tres cuerpos en su camioneta. No quería que nadie pudiera ver lo que haría con esos cuerpos.

Confrontarlo habría sido una locura. Ni siquiera sabía si estaba solo. Además, yo no había conseguido levantarme cuando lo había intentado por reflejo al despertarme. Estaba herida. No podía utilizar una de mis piernas. Tal vez había derramado tanta sangre que perdía la consciencia de forma intermitente y me costaba recordar quién era yo misma o qué había estado haciendo. No, yo no podría enfrentarme así a alguien que había matado a tres mujeres y las había subido a su camioneta. Era imposible.

Si no podía enfrentarme al conductor, la única opción sensata que me quedaba era huir. Huir en el momento adecuado. Huir cuando fuera posible escabullirme sin alertarlo, y con bastante tiempo para poner distancia entre nosotros a pesar de mi pierna gravemente herida. Tendría que ser paciente hasta que esas específicas condiciones estuvieran dadas para que yo pudiera fugarme.

Todas las cartas estaban a su favor. Todas, excepto una. Los otros dos cuerpos me permitían deducir que el conductor pensaba que transportaba, en realidad, tres cuerpos. No había ninguna razón para pensar que había decidido voluntariamente dejarme con vida. Eso había sido un descuido. Un error. Pero él no lo sabía. Y si quería sobrevivir, él debía seguir creyendo que yo estaba muerta.

La camioneta se detuvo en un claro, muy adentro del bosque. El

conductor no se apeó de inmediato, sino que permaneció en silencio, adentro de la camioneta, durante varios minutos. Fantaseé imaginándome que se quedaría dormido adentro, y yo podría deslizarme lentamente fuera de la camioneta y caminar por entre el bosque, a un lado del camino, de regreso a donde quiera que fuera que él me había recogido. Pero no fue así. No fue así de ninguna manera.

Escuché las puertas abrirse. ¿Había otra persona? No estaba segura, porque el conductor no dejaba de golpear un objeto metálico. Era una linterna que no conseguía hacer funcionar. El hombre maldijo varias veces de su mala suerte con angustia, con rabia. Escuchar su voz me produjo una instintiva aprehensión. Era una voz grave, hosca, desagradable. La voz de un asesino.

Cuando por fin hizo funcionar la linterna, nos alumbró desde la parte trasera de la camioneta. Comenzó por inspeccionar a la mujer que tenía a mi izquierda, a quien había baleado en la cabeza. No fui capaz de conjeturar por qué el hombre nos inspeccionaba, pero lo hacía, y eso me obligó a tomar la decisión más crucial que había tomado hasta ese momento.

Calculé rápidamente las posibles consecuencias de cualquier opción. Si cerraba los ojos, sería menos probable que el hombre pudiera sospechar que seguía con vida. Pero cerrarlos me dejaría a ciegas, y hasta ahora alguna de la información más importante que había logrado reunir provenía de mi visión, a pesar de la oscuridad. ¿Podría despedirme de esa facultad y confiar en adelante únicamente en mis otros sentidos? Eso dependía, en gran medida, de lo que tuviera pensado hacer el hombre con nuestros cuerpos. Confiar en que haría casualmente lo más conveniente para mí no parecía lo más sensato.

Mantener los ojos abiertos, por otra parte, presentaba demasiadas complicaciones. No es posible tener los ojos abiertos durante demasiado tiempo antes de que empiecen a lagrimear o los párpados se cierren por su cuenta. Además, la pupila reacciona por reflejo a la luz, sin que podamos evitarlo. Si el hombre percibiera el más mínimo movimiento, se daría cuenta de inmediato de que yo seguía con vida, y no dudaría en terminar su trabajo. Yo, en mis condiciones, no habría podido hacer demasiado para impedirlo. Sin embargo, tener los ojos abiertos podría proporcionarme mucha información valiosa acerca del hombre, de nuestra ubicación y, especialmente, sobre mis posibles vías de escape.

Decidí que el riesgo valía la pena. Estar herida en la parte trasera de la camioneta de un asesino, en medio de la nada, ya era lo bastante riesgoso como para no jugármela por el todo. Cuando el hombre me puso la luz de la linterna encima, yo tenía los ojos entornados, apenas lo suficiente para poder verlo, pero no tanto para que la luz me obligara a parpadear muy pronto.

Algo en mí debió llamar su atención, pues el hombre se inclinó para observarme de cerca, con la luz apuntando directamente sobre mi rostro. No podía verlo, la luz me cegaba por completo, pero en cambió él podía verme con detalle. Nunca antes me había sentido tan aterrorizada. Maldije mentalmente de mi estúpida decisión, pues casi enseguida sentí que mis ojos comenzaban a irritarse. Me había equivocado. Me había equivocado una sola vez, y eso me costaría la vida. Sentí ganas de llorar. Sentí ganas de gritar. Sentí ganas de estar realmente muerta.

—¡¿Qué pasa, te vas a quedar ahí toda la noche?!— exclamó alguien, acercándose a la camioneta.

El hombre se dio la vuelta. Pude parpadear varias veces, con rapidez, y mis ojos volvieron a lubricarse. Sentí que ese golpe de suerte era todo lo que necesitaba para estar segura de que iba a sobrevivir. Estaba preparada para permanecer inmóvil por el tiempo que hiciera falta, pero no iba a morir allí, de ninguna manera.

—Deja de gritar.

—Calma, Eduardo —respondió el otro—, aquí no hay nadie.

Cuando escuché su nombre, también pude ver su silueta del otro lado de la intensa luz de la linterna. Era el perfil de un hombre joven, de cabello crespo y meticulosa barba. En mi memoria se recreó de inmediato la viva imagen de ese mismo hombre, abriendo las ventanas de una habitación de hotel en la costa de Barcelona, encendiendo un cigarrillo y sonriéndome. Yo le devolvía la sonrisa desde la cama. Eduardo era encantador, y ambos parecíamos felices. ¿Por qué me había matado?

## CAPÍTULO 2

Los hombres discutieron durante un buen rato. Hablaban muy suave, casi murmurando, como si temieran que nosotras pudiéramos escucharlos.

Comprendí que la situación los desbordaba. No eran asesino seriales o sicarios profesionales, de eso estaba segura. Probablemente esa había sido la primera vez que mataban a alguien.

La aprehensión que sentían jugaba a mi favor. La ansiedad y el miedo los haría cometer, tarde o temprano, alguna imprudencia. Esa sería mi llave de escape.

Eduardo era el más nervioso. Le explicó al otro hombre que debían aparcar lejos de la propiedad para evitar que las huellas llegaran hasta allá. Eso, por supuesto, no tenía ningún sentido. La camioneta había dejado un rastro por todo el camino, daba exactamente lo mismo dónde la estacionaran.

El otro hombre lo convenció de que esa precaución era innecesaria. Abordaron la camioneta y atravesaron la entrada hasta llegar a una vieja edificación. Esa fue una pésima noticia para mí. Todo el lugar estaba rodeado por una rejilla de metal de dos metros de altura, y el portón estaba asegurado con un enorme candado, antiguo y oxidado.

Escuché un perro ladrar muy cerca. Debía tratarse de un perro de gran tamaño, pues su ladrido era muy grave y me ensordecía. Eduardo le pidió al otro hombre que lo controlara.

Escuché sus pasos sobre la gravilla al alejarse. Después, el crujido de una puerta al abrirse y cerrarse. Los ladridos del perro ahora se escucharon ahogados, a lo lejos. Supuse que eso, después de todo, podía ser algo bueno para mí. No quería un perro husmeando sobre mí y alertando a los hombres.

No podía verlos desde mi posición, pero sentí cuando los hombres se acercaron a la camioneta y tiraron de uno de los cuerpos. Lo hicieron estrepitosamente, con dificultad, sin cuidado o pericia.

Quedé horrorizada. Sentí que empezaba a emanar un sudor frío por todo mi cuerpo, y mi corazón se me desbocó en el pecho. Podía escucharlo latir. Podía sentir cada uno de sus latidos en mi cabeza. Supe que lo que pasaría a continuación podría precipitar el final de la

noche. El final de mi vida.

Los hombres regresarían muy pronto por mí. Me arrastrarían, como al otro cuerpo, a través de mis piernas para después cargarme. El dolor que yo sentía al mover apenas mis dedos ya era casi insoportable. Cada vez que había tratado de moverme por mis propios medios, la amenaza de un dolor incapacitante emergía, y yo tenía que batallar para contenerme. No podía saber lo que sentiría cuando los hombres tiraran con fuerza de mi pierna herida. Reconocí, con terror, la probabilidad de que un reflejo involuntario me contrajera o me hiciera gritar. Estaba perdida.

Había soportado demasiado, pero era consciente de que aquello era solo el principio. No podía darme por vencida. No podía simplemente desistir del deseo de sobrevivir que me había ayudado a mantener la calma hasta ahora.

Si lo pensaba con cuidado, yo había sido hasta ahora mucho más cuidadosa que los hombres. Tenía que aguantar un poco más. Tenía que aguantar mucho más. Tenía que aguantar lo que fuera necesario para seguir con vida.

Agarré con fuerza la pierna de la otra mujer. Necesitaba sentir la contracción de sus músculos. Aún no estaba rígida, pero la flaccidez posmorten había desaparecido.

Esa información era muy valiosa, ¿por qué no lo había comprobado antes? El shock inicial al despertar tirada en la camioneta me había confundido. No podía permitirme más distracciones. Yo quería sobrevivir, y sabía muy bien cómo hacerlo. Sabía mucho más que esos hombres lo que debía hacer.

Pero… ¿por qué lo sabía? Aún no podía recordarlo. Pensar en eso, sin embargo, podía esperar. Me bastaba con tener el conocimiento suficiente para seguirles el juego por el tiempo que fuera necesario hasta que pudiera escapar.

Apreté los músculos de mi todo mi cuerpo. Ni siquiera tuve que preocuparme por hacer demasiada fuerza y parecer más rígida que las otras mujeres, pues el dolor me lo impedía. Mi tono muscular sería similar al de las otras, y en cualquier caso estaba segura de que los hombres estaban muy nerviosos para percatarse de esas minucias. Tendrían que haberlo notado. Pero ellos no tenían le experiencia que yo, por alguna razón, parecía tener.

Los hombres me agarraron por los tobillos y me sacaron de la

camioneta. Un dolor muy intenso despertó en mi pierna herida, pero la contracción me ayudó a resistirlo. Desde todo mi cuerpo llegaban caudalosas señales de dolor, pero yo estaba preparada para eso. Soporté la embestida con estoicismo, con astucia, con rabia… con un deseo cada vez más intenso de sobrevivir. No estaba dispuesta a permitirles descubrirme. No estaba dispuesta a morir.

Eduardo le pidió al otro hombre que lo ayudara a acomodar mi cuerpo sobre sus hombros. La presión de mi propio peso sobre Eduardo me comprimió el pecho y en mi boca empezó a acumularse sangre. Mucha sangre. Suficiente sangre para filtrarse por mis labios y caer sobre Eduardo. No podía permitirlo. Pero tampoco podía tragarla. Eduardo percibiría el movimiento de mi garganta al tragar. Solo podía aguantar, mantener mi boca cerrada, respirar tan levemente como me era posible, y contener el dolor y la sangre mientras Eduardo se tambaleaba dando pasos cortos sobre la grava.

Al aproximarse a un gran árbol, Eduardo me soltó sobre el suelo, a un lado del otro cuerpo. Caí boca abajo, y el golpe que recibí en la cabeza hizo volver el horrible zumbido.

Otra vez me costó trabajo escuchar nada. Ahora fue evidente que tenía una herida abierta en mi cabeza, de la que había manado mucha sangre, y era la responsable de mi aturdimiento. Supuse que también era la responsable de que no consiguiera recordar nada.

Formé un ligero resquicio en la comisura de mis labios y dejé que la sangre corriera lentamente hasta filtrarse en el suelo. Me sentí aliviada. Había logrado engañar a los hombres durante un procedimiento que podría haber resultado fatal para mí, y eso me llenaba de orgullo y de esperanza.

Paso a paso, yo estaba cada vez más cerca del descuido que me permitiría escapar. Pero, además, cada minuto que lograba convencer a los hombres de que yo estaba muerta, hacía mucho menos probable que ellos llegaran a descubrirme.

Supuse que, en la medida en que el tiempo transcurriera, todo sería más fácil para mí. Estaba equivocada. Estaba absolutamente equivocada. Pero en ese momento no lo sabía, y pensar de esa forma me daba la voluntad que necesitaba para persistir.

El otro hombre trajo el último cuerpo. Lo descargó a mi lado, suavemente, casi con delicadeza.

—Es algo terrible, ¿no?— dijo.

—Ajá— respondió Eduardo, sin interés.

—¿Te sientes mal por ella?— preguntó el hombre.

—No preguntes tonterías, Javier— respondió Eduardo.

No sabía mucho sobre ellos, pero sabía sus nombres: Eduardo y Javier. Tuve la impresión de que ellos sabían mucho más sobre nosotras.

—¿Crees que alguien las está buscando?— preguntó Javier.

—Supongo— dijo Eduardo.

—Yo no creo —repuso Javier—. Pasarán varios días antes de que alguien se percate.

—No lo sé —dijo Eduardo—. Pero ojalá tengas razón.

—Me preocupa el esposo —continuó Javier—. Pero debe estar furioso, no creo que lo primero que haga sea salir a buscarla.

No podía notar si se refería a mí, pues yo estaba boca abajo. Traté de recordarlo, pero no podía saber si estaba casada. Lo único que recordaba era a Eduardo encendiendo el cigarrillo y sonriéndome.

Si yo era una mujer casada, había estado engañando a mi esposo con Eduardo. ¿Sería eso? ¿Por esa razón Javier pensaba que mi esposo estaría furioso conmigo y no saldría a buscarme? ¿Había sido asesinada por mi propio amante?

—A esta, no lo sé —dijo Javier—… Supongo que hasta las putas tienen dolientes, ¿no? Pero ya deben estar acostumbrados a que desaparezca durante días, no creo que nos vaya a dar problemas.

¿O quizá yo era una prostituta? Tal vez aquella no era mi habitación de hotel, sino la de Eduardo, y yo lo había estado acompañando toda la noche porque ese era mi trabajo. Empezaba a dolerme fuertemente la cabeza por tratar de recordarlo.

—La que me preocupa es la extranjera —concluyó Javier—. La familia ya debe sospechar que algo malo le pasó. No tardarán en comunicarse con la embajada, y todo esto se irá a la mierda.

¿La extranjera? ¿A quién se refería? Traté de hablar en voz alta en mi mente pare reconocer mi propio acento, pero me di cuenta de que eso era imposible. Fue extraño darme cuenta de que ni siquiera podía

reconocer mi propia voz, pues no había pronunciado una sola palabra.

—Ella no nos causará problemas —dijo Eduardo—. Vino aquí para escapar de alguien o de algo, no lo sé, pero siempre estaba sola y nunca se comunicó con nadie. No creo que alguien la eche de menos.

Me entristeció darme cuenta de que también podía ser esa mujer. Una mujer a quien nadie echaría de menos. Si esa mujer era yo, ¿de qué estaba huyendo? ¿Acaso era, por lo menos, una persona que mereciera sobrevivir?

—Ya —dijo Javier—. En cualquier caso, mañana no quedarán ni rastros de ellas.

—Ajá— respondió Eduardo.

¿No quedarían ni rastros de nosotras? Me afanó lo que Eduardo y Javier tuvieran planeado hacer con nuestros cuerpos. Estaba claro que ya lo habían decidido. Pero, ¿en qué momento?

No los había escuchado hablar en la camioneta, ni siquiera pude darme cuenta de que había dos personas en la cabina. ¿Cuándo se habían puesto de acuerdo en lo que harían con nosotras? ¿Antes de que yo despertara? O tal vez había vuelto a dormitar durante el breve periodo que había transcurrido desde que la camioneta se estacionó hasta que fui descargada bajo el gran árbol.

No, no podía ser eso. El dolor me había mantenido despierta, estaba segura. ¿Qué era…? Otro destello vino a mi memoria, la fracción borrosa de un recuerdo. ¡Claro, era eso!

Javier y Eduardo estaban con nosotras cuando todo pasó. Pero, ¿qué era lo que había pasado? Las dos mujeres… ¿qué era lo que hacían? Una era muy joven y alegre. La otra era un poco mayor que ella y vestía de forma elegante. Recordé la superficie brillante del agua, la luz proyectándose sobre ella y creando patrones. Pero fui incapaz de discernir si se trataba del agua del mar o de una piscina. Las dos mujeres, en cualquier caso, se divertían. Parecían felices, como yo misma parecía feliz al mirar a Eduardo desde la cama y sonreírle.

Ese recuerdo no era mucho más que una intuición. Incluso podía ser un recuerdo falso. No tenía cómo saberlo. Aparté de mí esa preocupación porque pensar me causaba estrés y mucho dolor.

Además, había algo más urgente en lo que debía pensar. Javier

había mencionado que, al día siguiente, no quedarían ni siquiera rastros de nosotras. No podía saber cómo tenían planeado hacerlo, pero estaba claro que no dejar ni siquiera rastros de alguien no era nada bueno.

Ya no podría seguir aguardando mucho tiempo hasta que la condiciones fueran ideales para mi escape. De nada serviría esperar tanto si al día siguiente se desharían de mí. Además, la noche era mucho más propicia que el día para cualquier fuga. La oscuridad podría ser mi mayor aliada durante el escape. Yo estaba herida de gravedad. Ellos, en cambio, estaban en buena condición física, y tenían un coche y una linterna. Sin embargo, si existía alguna posibilidad de perderlos, eso sería gracias a la oscuridad. Pretender un escape a la luz del día sería una locura.

Javier y Eduardo acordaron descansar y prepararse para lo que harían al día siguiente. Me satisfizo darme cuenta de que no tenían ni la más mínima sospecha de que yo seguía con vida. No tenían ninguna razón para desconfiar. No tenían ninguna razón para desvelarse cuidando los inertes cuerpos de las tres mujeres que habían asesinado.

En su lugar, Eduardo y Javier entrarían al edificio, y más temprano que tarde caerían dormidos. Sería cuestión solo de tiempo para que yo pudiera levantarme y escabullirme. El portón asegurado y la rejilla metálica parecían un gran problema, pero ya buscaría la manera de solucionarlo. Estaba dispuesta a cavar un agujero bajo la rejilla con mis propias manos si era necesario. Lo importante era escapar, y estaba bastante segura de que podría hacerlo durante la noche.

Escuché los pasos de ambos al alejarse de nosotras y caminar hacia el edificio. Abrieron varias puertas, transportaron algunas cosas desde la camioneta, tal vez se aprovisionaron con mantas o comida, y solo después de un rato estuve segura de que Eduardo y Javier estaban adentro del edificio.

No había ningún ruido. Ni siquiera podía percibir el suave destello de alguna luz encendida. No, ellos se habían asegurado de apagar todo, no querían llamar la atención de nadie, aunque estuviéramos en medio de la nada.

Todas sus precauciones no hacían más que proveerme de condiciones ideales para mi escape. Estaba entusiasmada, casi arrogante por mi determinación.

Calculé que habían pasado casi dos horas en absoluto silencio. Esa era mi señal. Esa era mi oportunidad. El momento por el que había estado trabajando tan duro por fin había llegado.

Levanté la cabeza despacio, con mucho cuidado de no hacer ningún ruido, para mirar hacia el edificio y comprobar que la oscuridad era total. A unos tres metros de mí, jadeando, pero sin hacer ningún ruido, el perro me observaba fijamente.

## CAPÍTULO 3

No había sentido tanto miedo en toda la noche.

Ni siquiera mientras Eduardo y Javier me tiraban de los tobillos para sacarme de la camioneta. Ni siquiera mientras habían mencionado que no dejarían rastros de nosotras. Ninguna sensación podía compararse al pánico que sentí al darme cuenta de que el perro me miraba a los ojos.

Se trataba de un Rottweiler de pelaje negro, de gran tamaño, con un collar hecho de eslabones de hierro pulimentado. Era verdaderamente intimidante, incluso si no hacía más que observarme con curiosidad, todavía sin sentirse impulsado a atacarme.

Supe que, si ese perro decidía convertirme en su presa, no habría nada que pudiera hacer para impedirlo. Lo imaginé atacándome, arrancándome la piel y la carne con su poderosa mandíbula, masticando grandes trozos de mí mientras yo seguía con vida el tiempo suficiente para verlo devorarme.

También imaginé a Eduardo y Javier abriendo la puerta, descubriendo la escena. No harían nada para detener al perro. ¿Por qué lo harían? Yo tendría que estar muerta. Lo dejarían terminar el trabajo que ellos habían empezado.

De golpe, empecé a considerar que, si debía morir, sería mucho mejor morir de un disparo en la cabeza que en las fauces de un voraz perro. Si no era posible sobrevivir, ¿qué sentido tendría proporcionarme a mí misma una muerte tan sangrienta y dolorosa? Ya había sufrido bastante. Darme cuenta de que el perro anulaba cualquier posibilidad de escape me obligaba a reconsiderar mis acciones.

Pero el perro se encargó de precipitarlo todo por su cuenta. Mi estrategia había sido notablemente exitosa con Eduardo y Javier. Ninguno de ellos tenía siquiera un ápice de sospechas sobre mí. Su total ignorancia sore lo que estaba sucediendo estaba ratificada por su indiferencia. Para ellos, yo era uno más de los cuerpos, el simple cadáver de la mujer que una vez fui. Solo eso. Un montón de carne ya desprovisto de alma, por el que no valía la pena preocuparse.

Engañarlos a ellos no había sido nada fácil, y mi adolorido cuerpo era un recordatorio de eso. Pero había sido posible. Ni siquiera una sola vez les había dado razones para sospechar de mí. Incluso la

decisión de mantener los ojos abiertos, que en principio me había parecido tan problemática, había resultado bastante bien, a pesar de todo. Ni Eduardo ni Javier sentían la necesidad de asegurarse de que yo estuviera muerta, pues eso era algo que debía de parecerles evidente. Y yo, a fin de cuentas, ya no era tan importante para ellos como sí lo era decidir lo que harían con mi cuerpo.

Con el perro, sin embargo, era diferente. Muy diferente. Su naturaleza le imponía una rigurosidad que Eduardo y Javier no tenían. El movimiento más tenue desencadenaría en el perro una poderosa e instintiva respuesta. Se acercaría hasta mí para olfatearme, y no tardaría en identificar el olor de la sangre fresca. Me atacaría sin ningún reparo, sin ningún remordimiento. Su instinto lo convertiría, sin quererlo, en un prodigioso asesino, mucho más sanguinario que cualquier hombre.

Bajé la mirada con la estúpida esperanza de que eso haría que el perro perdiera el interés. Pero, en su lugar, se acercó varios pasos hacia mí. Volví a mirarlo. La mirada curiosa del perro empezaba a transformarse en una mirada de alerta.

A la distancia a la que nos encontrábamos, tal vez menos de dos metros, y a pesar de la oscuridad, yo podía ver sus relucientes colmillos asomando. El perro aún no terminaba de decidir si yo era una amenaza o no. Y si pretendía seguir aferrándome a una posibilidad de sobrevivir, no podía permitir que lo decidiera.

Me sentí acorralada. Pensé en levantarme y correr. Correr tanto como pudiera. Correr hasta la rejilla, saltarla, y adentrarme aún más en el bosque. Preferiría morir de deshidratación y hambre, que morir en las manos de esos hombres. Eso era algo que ya había decidido mucho antes. Así que traté de contraer los músculos de mi pierna, lo traté con toda la voluntad que tenía, pero no me respondieron.

No había ninguna sensación. Mi pierna, si es que todavía podía considerarla mía, no me obedecía.

La tensión en mi rostro debió bastar para que el perro acabara de decidirse. Dio un salto y se plantó a mi lado, con las piernas separadas, con sus dientes chasqueando muy cerca de mí, con su aliento caliente y rancio llenándome los pulmones. Aguanté la respiración. Y supe, con verdadero horror, que en el momento en que me viera obligada a respirar de nuevo, cuando el movimiento de mi tórax sacara al perro de aquel trance, sus colmillos se clavarían en mi cuello.

Ya solo me quedaba una desesperada medida qué tomar. El perro, a fin de cuentas, no hacía más que reaccionar por instinto. No lo dominaba la racionalidad de la duda, sino el ímpetu de su instinto cazador. Conjeturé que, si lograba distraerlo, al perro le daría lo mismo atacarme a mí o a cualquier otro objetivo. Lo que él anhelaba era atacar, sin importar qué.

El plan era insensato, pero era lo único que me quedaba. Si no hacía nada, el perro de todas formas me atacaría en cualquier momento. Era preferible fracasar intentando sobrevivir que simplemente desistir de intentarlo. Sí, yo misma podía estar bastante orgullosa de lo que había hecho hasta ahora. No estaba segura de que lograría sobrevivir, pero sí estaba segura de que deseaba intentarlo hasta el final.

Con mi otra pierna, di un golpecito a la pierna que ya no podía mover. Si tenía que sacrificar una extremidad, sería esa. Esperaba que las otras aún me fueran de alguna utilidad.

Al sentir el movimiento, el perro reaccionó de inmediato, como un boxeador. Se dio la vuelta y se abalanzó sobre mi pierna herida, tomándola con sus garras y sus dientes y removiéndola hacia los lados.

No, mi plan no consistía en dejar que el perro devorara mi pierna. Esa solo era una distracción. Al darse la vuelta, tomé el brazo de la mujer a mi lado para golpear al perro. Su reacción fue tan veloz como antes. Se dio la vuelta y ahora empezó a morder y tirar de la mano del cuerpo de la mujer. Hacía un gran escándalo, como si estuviera demasiado furioso, y no paraba de morder y gruñir mientras la boca se le empapaba de sangre que salpicaba por todas partes.

Apenas unos minutos después, Eduardo y Javier volvieron a salir.

La visión del perro devorando la mano de la mujer los escandalizó. Javier corrió hasta él y trató de tirarlo por la cadena que tenía al cuello, pero era inútil, la fuerza de la mordida del Rottweiler lo mantenía aferrado a la mano del cadáver. Javier le gritó a Eduardo que corriera a buscar una cadena. Eduardo lo hizo. Lo escuché correr desesperadamente y tirar todo al suelo hasta encontrarla. Juntos, pasaron la cadena por el cuello del perro y lo tiraron hasta desprenderlo de la mano de la mujer.

Javier encerró de nuevo al perro en el cobertizo y vino a inspeccionar los cuerpos. La mano de la mujer estaba destrozada.

Colgaban restos de huesos y tendones, y los dedos ya no eran más que delgadas tiras de carne. Eduardo notó que el perro también me había mordido la pierna.

—¿Se las iba a comer?— preguntó horrorizado.

—Nos haría un favor si se las comiera —respondió Javier—. Pero solo estaba jugando con ellas.

Ambos volvieron a entrar en la edificación. El perro estuvo ladrando y golpeando la puerta durante varios minutos, pero pronto se olvidó del asunto y todo volvió a quedar en absoluto silencio.

Comprobé con cautela que las luces del lugar estaban apagadas, y que el perro seguía encerrado. Sí, estaba segura. Si en algún momento las circunstancias serían perfectas para escapar, era ahora. No podía desaprovechar esa oportunidad.

La sola idea de que pronto estaría lejos de allí me bastaba para dejar de sentir dolor y experimentar una profunda alegría. Ya ni siquiera me importaba no recordar quién era yo. Estaba viva y con eso me bastaba.

## CAPÍTULO 4

Enterré mis uñas en la tierra para darme apoyo y traté de levantarme, pero fue inútil.

Mis piernas no respondían. No podía creerlo. Había llegado demasiado lejos, hasta el momento en que creía tener la oportunidad que tanto había anhelado, pero ya no podía moverme. Sentí que todo había sido inútil. Sentí que habría sido mejor morir y evitarme todo ese sufrimiento.

Con mucha dificultad, me arrastré hasta el tronco del gran árbol y conseguí sentarme. Esa era la primera vez que podía ver mis piernas, y entonces lo comprendí todo.

Tenía una herida de bala en el costado del muslo. El orificio de entrada ya no sangraba, pero alrededor la piel mostraba signos de necrosis. El plomo debía seguir adentro y me envenenaba, causando una inflamación localizada que me impedía mover la pierna, y una violenta respuesta inmune en todo mi cuerpo. Si no extraía el proyectil, daría lo mismo lo que pasara esa noche o al día siguiente; estaría muerta en cuestión de horas, a lo sumo.

Busqué a tientas varias ramas y elegí la más finas y resistentes. Ni siquiera pensaba en la falta de antiséptico o en las posibles consecuencias de procurarme curaciones a mí misma. No me importaba. Si todavía me quedaban fuerzas para intentar algo, haría eso: extraería la bala. Aún no lo aceptaba, pero en el fondo ya sabía que no podría hacer nada más. El dolor sería insoportable. La debilidad posterior me tumbaría.

Sí, ya sabía todo eso. También sabía que, si la bala había alcanzado una arteria, retirarla me causaría la muerte en pocos minutos. Cualquier riesgo era menor comparado con la incertidumbre de lo que Eduardo y Javier harían conmigo al otro día.

Sin embargo, una secreta hipótesis me obligaba a aferrarme a una última esperanza. Yo no sabía en qué día nos encontrábamos. Tampoco sabía a qué se dedicaban Eduardo o Javier. Pero, ahora que podía mirarla, supe que aquella edificación no era una casa; era una bodega. El lugar donde nos encontrábamos no había sido construido para habitarse, sino para trabajar. Por su estado, la camioneta también parecía destinada al trabajo.

Eso quería decir que Eduardo o Javier, o ambos, eran

trabajadores, empleados allí mismo o en algún otro lugar, y probablemente estarían obligados a presentarse en sus puestos al día siguiente para no despertar sospechas.

Sé que podía considerar otras hipótesis igual de plausibles, y no tan esperanzadoras, pero aquella me dio la fuerza para continuar.

Arranqué un jirón de la camisa de la mujer, y la amarré por encima de mi herida. Me puse una rama entre los dientes, y con las dos ramas más finas empecé a penetrar en la herida para extraer la bala. El simple tacto de la herida me despertaba un sufrimiento desgarrador. Abrirme paso con las ramas por entre la carne era demasiado, y pensé que me desmayaría en cualquier momento.

Unos minutos más tarde, extraje un proyectil de plomo del tamaño de un diente. Supongo que me desmayé al hacerlo, porque lo siguiente que recuerdo es haberlo levantado del suelo, entre las rocas, casi reluciente por estar cubierto de sangre. Lo guardé en mi bolsillo como un suvenir.

Esperé varios minutos a que la inflamación cediera. El alivio era poco, pero podía sentirlo casi de inmediato. El resto de las heridas, exceptuando la que tenía en la cabeza, parecían superficiales, y no me pareció que valiera la pena perder más tiempo tratando de curarlas en ese lugar. Lo único que quería era levantarme y huir.

Igual que antes, me apoyé en el tronco del árbol hasta ponerme en pie. Me llenó de felicidad y motivación darme cuenta de que esta vez conseguí hacerlo. Traté de dar el primer paso, pero la debilidad y el dolor me lo impedían. No importaba cuánto esfuerzo hiciera, simplemente no podía dar ningún paso. Si lo seguía intentado, acabaría empeorando mi situación, si es que eso era posible.

Desistí de avanzar caminando, pero no de huir. Me puse en cuatro patas, como un perro, y traté de acercarme a la rejilla de esa manera. No avanzaba demasiado, pero lo hacía.

Lentamente, con un gran esfuerzo, mis brazos me llevaban un paso a la vez hacia la rejilla como si fuera una promesa de libertad. Ni siquiera pensaba en lo que haría si la alcanzaba. No quería pensar en eso. Un paso a la vez, solo eso me importaba.

Desperté mucho después. Aún era de noche, pero el cambio en el color del firmamento me hizo deducir que había estado inconsciente por al menos una hora. Agradecí que ninguno de los hombres se hubiera despertado en ese momento.

Yo yacía en el suelo, a pocos metros de los otros cuerpos, con un vendaje en torno de la herida en mi pierna. Habría sido mi final, indudablemente. Traté de levantarme una vez más y continuar, pero esta vez no fueron mis brazos, sino mi mente, la encargada de detenerme. Una vocecilla interior me suplicó que dejara de intentarlo.

Comprendí lo que esa voz trataba de decirme. Yo había llegado a la misma conclusión. Podía seguir arrastrándome hasta llegar a la rejilla o el portón. Incluso, exagerando mis posibilidades, podría superarlos. Pero ni siquiera la mayor de las suertes me permitiría alejarme demasiado. Al día siguiente, Eduardo y Javier me encontrarían tirada a solo unos metros de la entrada. Eso era algo de lo que podía estar completamente segura. Podía ser imprudente o ilusa e ignorarlo, pero era la verdad. Tratar de escapar esa noche, en mis condiciones, era lo más parecido a cometer un elaborado suicidio.

Sentí rabia. Golpeé varias veces el suelo y me puse a llorar. Quise tratar de entender si aquello continuaba siendo un genuino deseo de vivir, o simple obstinación y masoquismo.

Me arrastré de regreso hasta el lugar donde reposaban los dos cuerpos, y volví a recostarme en el árbol. Estaba exhausta. Estaba desesperada. No dejaba de sentir que todo lo que había soportado hasta ahora había sido en vano.

La cabeza empezó a palpitarme, y sentí resurgir el zumbido. Una opresión en el pecho me obligaba a respirar con rapidez. ¿Qué era esto que sentía? Podía reconocerlo. Era una sensación que mi cuerpo recordaba. Estaba a punto de tener un ataque de pánico.

Respiré hondo y contuve la respiración. Lo hice varias veces. Así como recordaba la sensación, también recordaba la manera de librarme de ella. ¿Quién era yo? ¿Por qué estaba tan empecinada en sobrevivir? ¿Cómo era que había logrado mantener la calma en primer lugar y hacer toda clase de observaciones? ¿Por qué sabía extraer una bala de mi propia pierna y hacer un vendaje?

Apenas lo pensé, otra idea hizo un destello en mi mente. ¡El vendaje! Tenía que retirármelo. Si no iba a ir a ninguna parte, no podía dejar el ventaje atado a mi pierna. Pero, ¿por qué retirarlo ahora? ¿Por qué no hacerlo más tarde, si los hombres aún estaban durmiendo?

Era extraño, pues yo hacía las preguntas, y las respuestas me llegaban desde adentro de mí misma, pero no como frases que alguien

pronunciara sino como ideas o recuerdos.

Cuando pensé en dejarme el ventaje por más tiempo, supe de inmediato que, por el contrario, debía quitármelo tan pronto como fuera posible. Pero, ¿por qué? ¿Por qué hacer algo como eso?

Porque al aplicar compresión sobre una herida, se restringe el flujo sanguíneo en las arterias de esa zona, y eso produce un estancamiento de la sangre, que puede generar sedimentos. Si se retira bruscamente esa compresión, los sedimentos pueden reanudar su marcha por las arterias, convertidos en trombos. Retirar el vendaje demasiado tarde podría causarme la muerte.

¡¿Cómo era que yo sabía algo como eso, pero ni siquiera recordaba mi nombre?! De repente, empezó a parecerme muy importante recordar quién era yo y por qué había terminado muerta en ese lugar.

Escondí el vendaje en el bolsillo de la mujer, segura de que podría volver a necesitarlo, y me recosté en el gran árbol a reflexionar.

Ya había reunido bastante información, y tenía algunas buenas hipótesis. Pero aún no sabía casi nada sobre mí o sobre las mujeres. Sabía que una de nosotras era una prostituta. La otra, una mujer casada. Y la última, una mujer a quien nadie echaría de menos. ¿Quién podría ser yo? ¿Quién hubiera preferido ser yo?

Inspeccioné detalladamente los cuerpos. La mujer con la herida de bala en la cabeza era la más joven. Era, en realidad, muy joven. No podría tener más de 18 años. ¡Era solo una niña! Vestía un short muy corto y una camiseta ceñida al cuerpo. En ella había percibido aquel perfume. ¿Por qué me era familiar? Por más que lo intentaba, no lograba recordarlo.

Toqué mi propia cabeza otra vez. La herida, en la parte trasera de mi cráneo, estaba seca. Pero podía notar que se trataba de una herida abierta y profusa. Había inflamación alrededor, y en los lugares más lastimados podía sentir mi cuero cabelludo. El golpe tendría que haber sido fulminante.

Tal vez por eso los hombres habían imaginado que estaba muerta. O tal vez estuve muerta en realidad. Muerta por un par de minutos antes de que tuviera esta segunda oportunidad, que ya no estaba totalmente convencida de que lo fuera.

Confié en que, en cualquier caso, la amnesia fuera temporal. Por

ahora, debía seguir inspeccionando los cuerpos.

La otra mujer vestía de un modo más elegante, y todavía tenías puestas las joyas, aunque ninguna alianza. Traía un conjunto de lino, compuesto por pantalón y camisa. Quizá también había tenido una chaqueta, pero se la había quitado en algún momento. ¿O se la habían arrancado? Había signos de violencia en su ropa. Se había defendido, eso era lo más probable. Pero ella no parecía tener heridas de bala. Moví con cuidado su cabeza para observarla. Claro, era eso. Petequias de un color violáceo, casi negro, se le acumulaban alrededor del cuello. La mujer había sido estrangulada.

Me costaba mucho imaginar un destino más infame para nosotras. Tampoco era capaz de concebir una razón para que Eduardo y Javier nos hubieran asesinado. ¿Las tres éramos amigas, como Eduardo y Javier? ¿Acaso éramos *sus* amigas?

Ya estaba bastante segura de que había pasado al menos una noche con Eduardo… y me parecía que había sido feliz con él. ¿Yo era la mujer casada, y engañaba a mi esposo con Eduardo en aquel hotel? ¿O yo era la prostituta y él había contratado mis servicios?

No había manera de deducirlo, no por ahora. Además, empezaba a sospechar que la mujer de traje elegante era la casada; y la joven, la prostituta. Eso me dejaba a mí en el lugar de la última mujer. Aquella a quien nadie estaría esperando.

Pero eso también significaba que yo era una extranjera. Eduardo lo había mencionado. Una extranjera que estaba huyendo de algo o de alguien. ¿De qué? ¿De quién? ¿Había viajado a las playas de Barcelona como una forma de escape? ¿Esa era la razón por la que podía hacer observaciones y deducciones como las que había hecho hasta ahora?

Me preocupó llegar a descubrir que, quizá, había estado tratando de escapar durante mucho más tiempo del que creía. Me preocupó llegar a darme cuenta de que la única manera de escapar en realidad fuera morir.

Sentí que la cabeza me daba vueltas y la debilidad arreciaba. Ya había desistido de mis planes, al menos por esa noche, así que no valía la pena seguir aplazando más lo que sabía que debía hacer.

Saqué la bala de mi bolsillo y la enterré entre las raíces del árbol. Limpié a mi alrededor para evitar dejar rastros, y me arrastré hasta acomodarme, de nuevo, entre los dos cadáveres.

Me sentí derrotada y asqueada al hacerlo. Pero sabía que, si aún me quedaba alguna posibilidad de sobrevivir, debía ser paciente y aguardar por una nueva oportunidad.

Eduardo y Javier no habían sido nada precavidos hasta ahora. Podía esperar que sus descuidos fueran sistemáticos, mucho más en la medida en que se sintieran más presionados por el tiempo y por la certeza de que, tarde o temprano, alguien daría aviso a la policía de la desaparición de tres mujeres. O de dos de ellas, al menos.

Aunque no quería quedarme dormida, reconocí que eso sucedería en cualquier momento, incluso contra mi voluntad, así que preferí hacerlo mientras los hombres también dormían. Además, necesitaba recuperar mis fuerzas si realmente pretendía escapar de allí. Ya había comprobado que no bastaba con tener un plan si mi cuerpo era incapaz de ejecutarlo.

Los cálidos rayos del Sol me despertaron al amanecer, justo a tiempo para escuchar la puerta abrirse, y a Eduardo y Javier salir de la bodega. El perro empezó a ladrar estruendosamente al escucharlos.

—¡No lo dejes salir!— ordenó Eduardo.

—Qué va, tío —dijo Javier—. Solo voy a buscar gasolina.

Escuché la puerta del cobertizo abrirse y luego cerrarse. Los ladridos del perro empezaron a parecer cada vez más distantes.

Eduardo caminó de un lado para el otro, examinando todo el lugar durante un par de minutos. Finalmente, se acercó con un hacha en las manos a uno de los árboles, a varios metros de donde yo estaba tendida. Empezó a cortar grandes ramas, para luego segmentarlas en pedazos más pequeños.

Desde mi posición, podía ver todo lo que hacía. Cortaba los leños y los apilaba unos encima de los otros. Cada tanto, se detenía y se volvía a mirarnos.

Al principio, me aterró la posibilidad de que nos mirara porque estuviera sospechando que yo me había movido o hubiera notado que me había hecho curaciones en la pierna. Pero no era eso. No, no era eso de ninguna manera.

Pronto me di cuenta de que Eduardo nos miraba por otra razón: calculaba la cantidad de madera que necesitaba para quemarnos.

## CAPÍTULO 5

No habría otra oportunidad como la de la noche anterior. Tenía que correr, a como diera lugar.

Mi pierna debía de estar menos inflamada, quizá mis músculos responderían. No podía descartar la influencia que tendría sobre mi propio cuerpo la descarga de adrenalina que experimentaría al levantarme y tratar de huir.

Quizá lograría llegar rápidamente hasta el perímetro. ¿Cavar un agujero? Imposible. No habría tiempo. Tenía que sobrepasarla. Mis manos me habían permitido arrastrar todo el peso de mi cuerpo varios metros, a pesar de mi estado, a pesar de la deshidratación y las heridas. Estaba convencida de que podría lograrlo. Tenía que estar convencida de ello antes de siquiera intentarlo.

Pero no podía permitirme el más mínimo margen de error. Javier y el perro seguían en el cobertizo. No tardarían demasiado en salir cuando Eduardo advirtiera lo que pasaba, pero, en cualquier caso, eso me daría cierta ventaja.

Por lo pronto, Eduardo era el único que podía detenerme. Lo observé con cuidado, analicé sus movimientos. Empezaba a parecer agotado, los golpes del hacha eran cada vez menos eficaces. Estaba cansado y no paraba de secarse el sudor con la manga de la camisa. Eso no significaba que tendría menos fuerza o resistencia que yo, pero su respuesta no sería igual de rápida. Me daría algo de tiempo. Muy poco, a decir verdad. Pero por esa pequeña ventana me escabulliría.

Sabía que pretender perderlos en el bosque no era más que una ingenuidad. Alcanzar la rejilla y lograr franquearla ya me parecía que entraba en el terreno de la fantasía. Sin embargo, mi objetivo no era huir.

Aunque había perdido la consciencia algunas veces durante el viaje, era bastante obvio que nos habíamos profundizado varios kilómetros bosque adentro. El camino de regreso era extenso y sinuoso, tendrían tiempo de sobra para alcanzarme. La única opción lógica consistía en correr en la dirección contraria.

La carretera, aunque descuidada, era lo suficientemente ancha para el paso de maquinaria pesada y tenía cunetas a los costados. No era factible que Eduardo y Javier se hubieran tomado tantas molestias para acceder a una simple bodega que, por lo que parecía, podía estar

abandonada.

No, esa carretera tendría que servir de paso hacia otras propiedades. Si conseguía superar el perímetro y correr hacia la carretera, era más probable que alguien pudiera verme o escuchar mis gritos de auxilio. No tenía, por supuesto, ninguna certeza de que fuera así. Pero creer en eso parecía mi mejor alternativa.

Me concentré nuevamente en Eduardo. Cada vez que me daba la espalda para azotar una rama, yo aprovechaba para contraer y soltar los músculos de mis piernas y brazos. Necesitaba calentarlos, prepararlos para la carrera. Sentí que muy pronto estaría lista. Ya solo necesitaba la valentía suficiente para querer sobrevivir. Y eso era algo que yo tenía de sobra. ¡Podía hacerlo!

De hecho, tenía que hacerlo, o acabaría quemándome dentro de muy poco tiempo en la hoguera que Eduardo preparaba. Recordarlo me hacía surgir una emoción intensa que me alejaba del nerviosismo y la duda.

Pero, justo en el instante en el que sentí que el impulso me haría levantarme y correr, Eduardo hizo algo que me dejó atónita y me obligó a contenerme.

Aunque lo estaba viendo con mis propios ojos, no podía creerlo. Eduardo cargó el hacha al hombro y se encaminó hacia los árboles más distantes. Se profundizó rápidamente en las zonas más densas. ¡Ya ni siquiera podía verlo!

Tal vez la calidad de la leña que cortaba le pareció inadecuada para su horrible propósito, o se hartó de fatigarse con las gruesas ramas que le restaban. Cómo saberlo. Pero, por la razón que fuera, Eduardo decidió buscar otro árbol y se internó hacia el extremo de la propiedad para ir a buscarlo.

Había pensado que no tendría una oportunidad como la de la noche anterior, pero esta era incluso mejor. Mi pierna, esta vez, respondía a mis órdenes.

A lo lejos, pero cada vez más cerca, escuché el inconfundible rugido de una motocicleta. No podía imaginar que las circunstancias me fueran más favorables.

Me levanté de inmediato, apoyada en el árbol, y corrí hacia el perímetro. Tal como me lo había prefigurado, el golpe de adrenalina me permitió olvidarme por un momento del dolor en mi pierna y del

agudo pálpito en mi cabeza. No solo podía moverme, sino que lo hacía mucho más rápido de lo que esperaba. En cuestión de segundos estuve parada frente a la rejilla de metal. Podía sentir la libertad al alcance de mi mano.

El tiempo que me tomó correr unos pocos metros bastó para que la motocicleta asomara al final del camino, sobre la carretera principal. Era una máquina muy grande, con un motor potente y neumáticos anchos para terrenos difíciles. De inmediato, reconocí la mezcla de colores de la pintura. Eso era algo que no había olvidado.

Sentí ganas de ponerme a llorar y gritar. No daba crédito de lo que veía. No podía creer que yo, por fin, tuviera un poco de suerte. Era la motocicleta de un policía.

Me sentí profundamente aliviada. Tanto, que mis piernas flaquearon por un momento. Pero no podía permitirme esa distracción. No ahora. No todavía. Aún debía llamar la atención de ese policía antes de que pasara de largo.

Eso, de repente, empezó a preocuparme. Gritar parecía una buena opción a primera vista, pero yo estaba segura de que Eduardo me escucharía primero. El policía podía ni siquiera escucharme, el ruido de su motocicleta debía de ser ensordecedor. Lo mejor era tratar de escalar la rejilla, hacerle una señal con mis manos. No le costaría darse cuenta de que yo necesitaba ayuda. Sin embargo, nada de eso fue necesario. El policía dobló hacia el camino que conducía a la bodega.

Una profunda felicidad tendría que haberme embargado. Pero no fue así. Lo que yo sentí se parecía mucho más a la ansiedad y el miedo. Por alguna razón, mi cuerpo se contenía, me impedía abalanzarme sobre la rejilla, gritar, o simplemente sentirme a salvo. No tardé mucho en descubrir por qué.

El connato de miedo se transformó en pánico al instante, y yo corrí mucho más rápido que antes en dirección del gran árbol. Me acomodé entre los dos cadáveres antes de que el policía se aproximara y accionara la bocina. Eduardo se demoró un poco en salir de entre los matorrales y caminar hacia el portón.

—Ya era hora— dijo Eduardo.

—¿Y qué esperabas? —respondió el policía— Había mucha mierda qué limpiar.

Caminaron juntos en dirección de nosotras, y se quedaron mirándonos.

—¿Qué le ha pasado en la mano?— preguntó el policía.

—El perro trató de comérsela anoche— dijo Eduardo.

El policía soltó una estruendosa carcajada.

—¡Ese Rocky es un verdadero hijo de puta!

—Hice que Javier lo encerrara.

—¡Vamos, tío! —dijo el policía— ¡Tráelo, tráelo! Y al gilipollas también.

Escuché a Eduardo caminar hasta el cobertizo. La voz ronca del policía me provocaba escalofríos y náuseas. Lo recordé apenas pronunció la primera palabra. Me sorprendió no haberlo recordado antes.

Cuando lo conocí, vestía un traje blanco y traía varias cadenas de oro colgadas del cuello. Me causó desconfianza desde el principio, pero Eduardo me había dicho que era un socio de Javier. Mi siguiente recuerdo era de ese mismo hombre disparándole a quemarropa en la cabeza a la más joven.

Sí, yo había presenciado esa escena grotesca e inhumana hacía poco tiempo. La mujer elegante estaba sentada a mi lado. Se puso a llorar y a gritar, desconsolada. Javier vino a tratar de calmarla. Yo le hice señas a Eduardo para que se acercara. Ambos tratábamos de evitar que los demás vieran que estábamos temblando. *Tenemos que llamar a la policía*, le dije. El hombre se nos acercó para preguntarnos si había algún problema; traía la pistola en la mano, aún olía a pólvora. *No es nada*, dijo Eduardo. El hombre se sonrió y fue a sentarse en la misma banca de antes, como si nada, como si no acabara de matar a la mujer y su cuerpo no estuviera tirado a la mitad de la terraza. *No entiendes*, me susurró Eduardo, *él es policía*.

—¡Rocky!

El perro ladró y corrió por todas partes. Estaba emocionado, afortunadamente, y eso le impedía fijarse en nosotras. El policía tomó una pequeña rama y empezó a lanzársela al perro, que salía impulsado a buscarla.

Entretanto, Eduardo volvió a perderse más allá de los arbustos, y Javier reunió la leña ya cortada para armar un montículo a medio camino entre el cobertizo y el gran árbol donde nosotras habíamos sido arrojadas. El policía no dijo nada hasta que Javier hubo terminado. Esperó a que Eduardo regresara con otra extensa rama para dirigirse a ellos.

—¿Qué es lo que hacéis, exactamente?— les preguntó.

—Una fogata— dijo Javier.

—Y habrá esponjitas, supongo— replicó el policía.

—¿Qué pasa, tío? —reclamó Javier— ¿Tienes algún problema?

—No, no —respondió el policía—. Yo, ninguno. El problema lo tenéis vosotros, que sois un par de gilipollas.

—¿Ahora qué pasa?— intervino Eduardo.

El policía volvió a lanzar la rama y el perro a perseguirla.

—Pasa, chaval —continuó el policía—, que hacen falta más de 1.000 grados centígrados para incinerar el cuerpo de un humano adulto. Y la hoguera que estáis preparando podría alcanzar, a lo sumo, unos 400 grados. ¿Comprendéis?

Ninguno de los otros respondió.

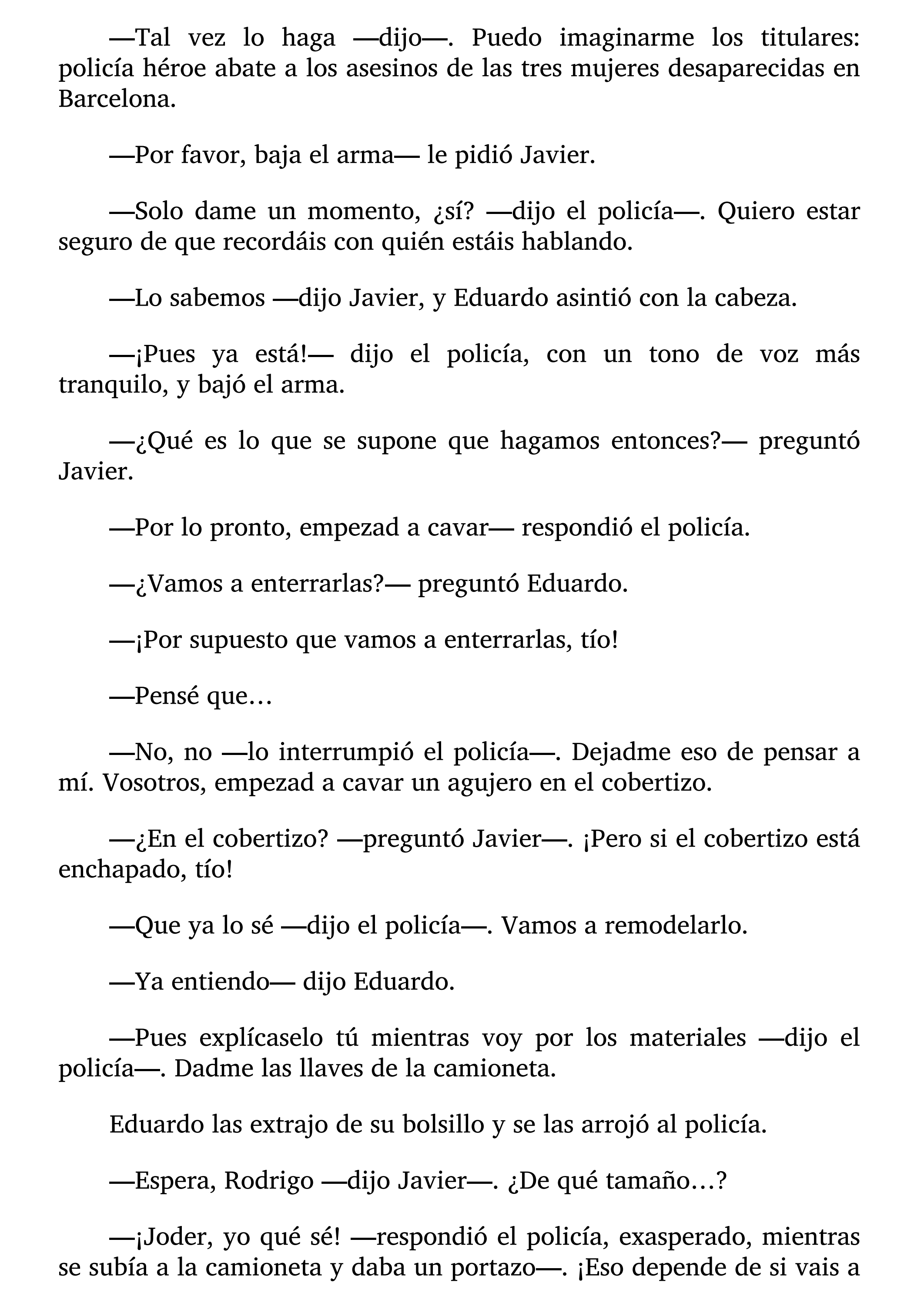
—Pero, vamos, he visto que habéis traído un bidón de gasolina, ¡qué ingeniosos! —exclamó el policía con ironía—. Gracias al combustible, la hoguera alcanzará los 1.000 grados, podéis estar seguros.

—¿Y entonces cuál es tu puñetero problema?— preguntó Javier, molesto.

—Calma, tío —dijo el policía—. Ya te he dicho que el problema no es mío... Lo que pasa es que para cuando la hoguera alcance los 1.000 grados, la columna de humo podrá verse desde el otro lado del Mediterráneo, y estaréis rodeados de agentes forestales y bomberos antes de que podáis empezar a cocinar el primer filete.

Eduardo le dio un puntapié al montículo que Javier había formado, que se desmoronó frente a ellos.

—¡¿Y por qué no te encargas tú, entonces?— gritó.



El policía se acercó rápidamente a Eduardo y le apuntó con la pistola a la cara. Eduardo palideció y se quedó mudo.

—Tal vez lo haga —dijo—. Puedo imaginarme los titulares: policía héroe abate a los asesinos de las tres mujeres desaparecidas en Barcelona.

—Por favor, baja el arma— le pidió Javier.

—Solo dame un momento, ¿sí? —dijo el policía—. Quiero estar seguro de que recordáis con quién estáis hablando.

—Lo sabemos —dijo Javier, y Eduardo asintió con la cabeza.

—¡Pues ya está!— dijo el policía, con un tono de voz más tranquilo, y bajó el arma.

—¿Qué es lo que se supone que hagamos entonces?— preguntó Javier.

—Por lo pronto, empezad a cavar— respondió el policía.

—¿Vamos a enterrarlas?— preguntó Eduardo.

—¡Por supuesto que vamos a enterrarlas, tío!

—Pensé que…

—No, no —lo interrumpió el policía—. Dejadme eso de pensar a mí. Vosotros, empezad a cavar un agujero en el cobertizo.

—¿En el cobertizo? —preguntó Javier—. ¡Pero si el cobertizo está enchapado, tío!

—Que ya lo sé —dijo el policía—. Vamos a remodelarlo.

—Ya entiendo— dijo Eduardo.

—Pues explícaselo tú mientras voy por los materiales —dijo el policía—. Dadme las llaves de la camioneta.

Eduardo las extrajo de su bolsillo y se las arrojó al policía.

—Espera, Rodrigo —dijo Javier—. ¿De qué tamaño…?

—¡Joder, yo qué sé! —respondió el policía, exasperado, mientras se subía a la camioneta y daba un portazo—. ¡Eso depende de si vais a


enterrarlas completas o en pedazos!

## CAPÍTULO 6

Eduardo acomodó uno de los troncos y tomó asiento. Sacó un cigarrillo y lo encendió con mucha dificultad. Estaba nervioso y la mano le temblaba. Javier caminaba de un lado para otro, impaciente.

Yo tenía unas atroces ganas de llorar, pero hacía lo posible por contenerme a pesar de que ya no estaba completamente segura de que valía la pena continuar muerta.

—¿Qué haremos?— preguntó Javier.

Eduardo dio una trémula bocana al cigarrillo.

—No lo sé —dijo—. Pero no vamos a picarlas.

Javier se agarró la cabeza y caminó de un lado para otro.

—¡¿Por qué no?!

—¡Porque no somos unos sádicos, por eso!

—¡Joder, Eduardo! —exclamó Javier—. ¿No ves que tenemos tres cadáveres aquí?

—¡Ya lo sé!

Pensé que se pondrían a discutir y acabarían agarrándose a golpes. Fantaseé con la posibilidad de que se mataran entre ellos mismos y yo pudiera marcharme caminando. Pero estaba claro que no tenía tanta suerte.

Ambos discutían sobre si era más conveniente picarnos en pedazos o dejarnos completas. El corazón se me aceleraba con violencia. Tal vez era el momento de aceptar que había llegado demasiado lejos, pero que ese era el final del camino. Sopesé todas mis posibilidades, pero solo podía encontrar una: apelar a su consciencia.

Empezaba a parecerme que la mejor opción sería revelarles que seguía con vida. No era tan ingenua para llegar a suponer que me dejarían escapar. No, no era eso. Lo que yo imaginaba era que podría suplicarles que acabaran conmigo de una buena vez.

—Sabes que cavar un hoyo lo suficientemente grande para las tres nos tomará una eternidad— dijo Javier.

Eduardo no le respondió. No dejaba de fumar, ansioso.

—No podemos seguir aquí más tiempo —continuó Javier—. Mañana tendría que volver al trabajo para no despertar ninguna sospecha. Tú igual.

—Ya lo sé— dijo Eduardo.

Me consoló darme cuenta de que yo tenía razón. Ambos, tarde o temprano, tendrían que ir a presentarse en sus puestos de trabajo. Habría sido mi mejor oportunidad para escapar. Pero esa posibilidad ya no estaba en mis manos.

—No voy a picarlas, Javier.

—¡Ya sé!

Javier estaba muy ansioso. Daba vueltas en círculo y pateaba los leños, que el perro perseguía como si se tratara de un juego. Por fin, se acercó a Eduardo y tomó el hacha.

—Voy a hacerlo— dijo.

Vi a Javier acercarse lentamente a nosotras con el hacha en las manos. Supe que no había nada que pudiera hacer para salvarme. Ya no traté de contener las lágrimas, pero estas no brotaron de mis ojos.

Tal vez estaba demasiado deshidratada para llorar. Ni siquiera me importaba. Solo miraba a Javier acercarse y pensaba en lo que haría al darse cuenta de que yo seguía con vida. Quizá me golpearía con el hacha de inmediato, por reflejo, sin ni siquiera considerarlo. Con suerte, el golpe me abriría la cabeza lo suficientemente rápido para que no alcanzara a sentir dolor.

La mujer elegante estaba más cerca de él, así que fue la primera que registró. Javier trató de apartar una de sus piernas, pero no consiguió hacerlo. Soltó el hacha y lo intentó de nuevo, esta vez con ambas manos, con el mismo resultado. El cuerpo de la mujer estaba totalmente rígido, y era imposible separar sus piernas. Javier no parecía entender lo que pasaba. Yo, en cambio, lo tenía bastante claro.

No comprendía cómo era que sabía algo como eso, pero estaba segura de que la rigidez del cuerpo de la mujer indicaba que había estado muerta por entre 24 y 36 horas. Eso quería decir que los hombres nos habían asesinado la noche anterior.

Al atar cabos, no fue difícil darme cuenta de que yo parecía estar acostumbrada al trato con cadáveres y tenía cierto conocimiento sobre ellos. Quizá era una forense. Esto también explicaría por qué había sabido extraer la bala y proporcionarme curaciones. Aún no tenía manera de confirmarlo, pero el indicio me permitía alcanzar una conclusión aún más relevante: Javier no tenía esa clase de experiencia. Por el contrario, se lo notaba sorprendido y muy incómodo en presencia del cuerpo rígido de la mujer.

Deduje que, por lo tanto, era poco probable que Javier pudiera cortar nuestros cuerpos en pedazos. Supuse que se había imaginado que cada hachazo haría un corte limpio a través de la carne, como si se tratara de un bistec. Pero estaba muy equivocado. El rigor mortis lo obligaría a utilizar todas sus fuerzas en cada embestida. Tendría que cortar y abrir primero las capas de endurecido músculo, y luego machacar varias veces hasta quebrar los huesos. Hacen falta sierras especiales para poder llevar a cabo un descuartizamiento como ese. O un hacha, y las tripas hechas de hierro. Javier solo tenía una de esas dos.

Un renovado optimismo me hizo reconsiderar la idea de implorar por mi propia muerte. Decidí que esperaría un poco más a ver lo que Javier haría con el cuerpo.

Debido a que no pudo separar las piernas, descansó el hacha sobre el muslo de la mujer como estaba, rígida, a pocos centímetros de mí. La ansiedad lo hacía elegir el muslo para asegurarse de que asestaría el golpe. Pero el muslo era justamente el peor lugar para comenzar: está hecho de músculos anchos y robustos, y esconde el hueso más grande del cuerpo humano. Haría falta una motosierra para devanar aquel muslo, y no la rudimentaria herramienta de un leñador.

Como lo había previsto, el hachazo no surtió el efecto que Javier esperaba. La carne era demasiado dura para ser rebanada por la gruesa hoja de metal, que, además, había desgastado su filo en las manos de Eduardo. Pero no fue solo la mala calidad de la herramienta: el nerviosismo de Javier jugó un gran papel. El golpe no solo impactó la pierna de la mujer de forma oblicua, sino que fue superficial. En lugar de arrancar la extremidad, Javier arrancó un pedazo irregular de carne que ni siquiera se desprendió por completo del cuerpo, pues quedó colgando de la fascia y los tendones.

Javier se echó atrás, se dio la vuelta y empezó a vomitar sobre el piso. Eduardo detuvo al perro, que se había abalanzado sobre el cuerpo al ver el colgajo de carne.

Estaba segura de que, en ese mismo instante, ambos habían descartado la idea de picarnos en pedazos. Me sentí orgullosa por haber sido capaz de preverlo. Pero, además, la exactitud de mis deducciones me hacía considerar que tal vez yo no era solo una forense, sino una detective.

Bien visto, aquello tenía mucho sentido. Desde el principio, cuando abrí los ojos en la parte trasera de la camioneta sin recordar nada, por instinto había actuado con mucha precaución y había tratado de reunir toda la información que podía resultarme de alguna utilidad. No me parecía que esa fuera la conducta natural de una persona cualquiera.

Había controlado el terror que estar muerta me provocaba, y aunque aún no conseguía escapar, ¡seguía con vida! No podía rendirme. No podía decepcionar a la extraordinaria mujer que empezaba a descubrir que era. Ella, la parte de ella que aún persistía en mí, me había ayudado mucho hasta ahora. Incluso me había advertido en los momentos en que me había expuesto a peligros letales sin saberlo. Era justo que yo le devolviera el favor: tenía que vivir lo suficiente para que ella regresara.

—Vamos adentro —dijo Eduardo—. Tenemos que empezar a cavar.

—Sí —respondió Javier, reponiéndose apenas—. No quiero tener que soportar otro día a Rodrigo. No quiero tener que volver a ver nunca más a ese hijo de puta.

Ambos caminaron hacia el cobertizo, tirando de la cadena para arrastrar al perro con ellos. Me tomé la libertad de seguirlos con la mirada hasta estar segura de que estaban adentro. No contaba con que cerraran la puerta, y no lo hicieron. Simplemente ataron el perro a una baranda y fueron a buscar las herramientas. Supe que tendría que seguir muerta mientras ellos estuvieran allí. Pero eso no me preocupaba demasiado. Tarde o temprano estarían agotados y se irían a descansar. Sabía, con certeza, que en cualquier momento encontraría otra oportunidad para escapar. Además, Javier ni siquiera se había molestado en levantar el hacha, así que ahora yo tendría un arma o una herramienta, según me lo exigieran las circunstancias.

Lo que verdaderamente me preocupaba era algo mucho peor que el hecho de que mis asesinos estuvieran cavando una tumba para mí.

Un gallinazo acababa de posarse en la copa de uno de los árboles

más altos, cerca del perímetro. Los demás todavía volaban en círculos sobre nosotras, pero sabía que no tardarían en acercarse.

# CAPÍTULO 7

Cuando Eduardo y Javier comenzaron a romper el piso, el perro hizo un gran alboroto. El sonido de las picas quebrando los azulejos quedaba ahogado por los graves ladridos, que hacían eco en el cobertizo.

Yo ya no podía mirarlos, porque la puerta abierta nos dejaba, a ellos y a mí, separados por una línea recta. Si girara la cabeza para ver lo que hacían, era bastante probable que el repentino movimiento les llamara la atención y me descubrieran. Debía conformarme con escucharlos.

Lo que sí podía ver claramente era el avance de los gallinazos. El árbol más alto ahora estaba poblado por un grupo de tres o cuatro de ellos, que se peleaban a ratos por tener el lugar más privilegiado. No se habían atrevido a acercarse hasta ahora. Quizá el estruendo grave de los ladridos del perro los mantenía al margen. De vez en cuando, alguno de los gallinazos tentaba su suerte y descendía hasta el suelo. Caminaba hacia nosotros, dando saltitos, con las alas levemente abiertas, pero el repentino ladrido del perro lo ahuyentaba antes de que llegara hasta los cuerpos.

La situación era espeluznante. No me había dado cuenta, tal vez porque mi olfato se había acostumbrado, pero de las mujeres ya no emanaba el olor de aquel perfume, sino que empezaba a surgir un aroma fétido a podredumbre. Había estado tan preocupada por sobrevivir y encontrar una vía de escape, que, de algún modo, perdía de vista el hecho de que estaba acostada en medio de dos cadáveres.

Observé otra vez el cuerpo de la mujer elegante, con detenimiento, tratando de identificar su estado. Probablemente era, entre las tres, quien tenía los rasgos más visibles de necrosis. El estrangulamiento le había dejado extensas manchas cartográficas en el cuello, que caían sobre su pecho y subían hasta su rostro. Un par de moscas jugueteaban sobre su boca violácea. Como yo, la mujer tenía los ojos entreabiertos.

Imaginé que, al mirarla, la mujer me guiñaba el ojo. Yo no podría salir del asombro y de la emoción. Ya no estaría sola. La mujer y yo habríamos sobrevivido a la barbarie y ahora podríamos comunicarnos en secreto, con señales visuales, para urdir un plan de escape. El hacha estaba a su lado, más cerca de ella que de mí. Podía empuñarla, y juntas correríamos hacia el cobertizo, y nos enfrentaríamos a los

asesinos. Sería una apuesta al todo o nada. Sospechaba que el impacto al vernos de pie y corriendo hacia ellos los dejaría aturdidos por unos segundos. Ese descuido sería su perdición. La mujer le daría un hachazo directo a Eduardo. La hoja sin filo le tasajearía el cuello, pero no sería un corte limpio. Sería el corte apenas necesario para verlo agonizar tirado en el piso, sin poder hablar, sin poder respirar, ahogándose en su propia sangre. Con Eduardo abatido, sería más fácil enfrentar a Javier entre ambas. Yo me abalanzaría sobre él para tratar de contenerlo. El forcejeo nos arrojaría a ambos al piso. El perro no pararía de ladrar, pero la gruesa cadena sería suficiente para contenerlo. La mujer tendría el tiempo de acercarse sin prisa y descansar el hacha sobre el muslo de Javier para asegurarse de que daría en el blanco. Me divertía imaginar que, como Javier, la mujer erraría el golpe. El hacha se enterraría de soslayo en el muslo, causando una gran destrucción en vez de simplemente devanarlo. Javier se retorcería y gritaría del dolor. La mujer le recriminaría por ser un cobarde, y le recordaría que ella había soportado aquel mismo golpe sin inmutarse. Y ambas nos reiríamos mientras nuestros asesinos agonizaban entre estertores de sangre.

Cuando regresé de aquella fantasía, uno de los gallinazos estaba peligrosamente cerca de nosotras. Pero, otra vez, el ladrido del perro consiguió ahuyentarlo.

Me preocupó darme cuenta de que mi mente podía divagar de tal forma, hasta hacerme olvidar momentáneamente de la realidad. Me acongojó la tristeza, porque comprendí que esas divagaciones podían ser consecuencia del delirio. Estaba herida, había perdido mucha sangre, mi grado de deshidratación ya debía de ser severo… A mi mente no le quedaba mucho tiempo.

Sentí tristeza al darme cuenta de que podría morir sin recordar quién era yo. Esa me pareció la peor forma de morir, la más solitaria. Hice un gran esfuerzo para tratar de recordar algo, lo que fuera, cualquier cosa estaría bien. Quería tener algo a lo que aferrarme. Incluso algo de qué arrepentirme. Pero la cabeza me devolvía solo la consciencia del dolor en todo mi cuerpo, y el zumbido amenazaba con regresar. Sin embargo, no quería desistir. No tenía más que hacer mientras esperaba que los hombres terminaran de cavar mi tumba o las aves de rapiña se atrevieran por fin a comerme. Así que obligué a mi mente a luchar contra el dolor hasta que hice brotar un nuevo recuerdo. Uno difuso y fragmentado, pero al fin y al cabo un testimonio de la vida que se me extinguía.

Pude verme a mí misma sentada a la pequeña mesa de un café,

con un cigarrillo sin encender en una mano, haciendo un esfuerzo por acabar una página en la pantalla de un ordenador. No podía ver lo que escribía, pero sí recordaba la sensación de angustia que me provocaba no saber cómo continuar. Traté de reproducir otra vez ese recuerdo en mi cabeza.

Había una jarra de cerveza sobre la mesa, pero parecía intacta, como si ni siquiera la hubiera tocado. No, yo estaba demasiado concentrada en la pantalla para prestarle atención a la cerveza. Me sentía frustrada, y la tensión me crecía en las manos, en los hombros y en la espalda. Reconocí ese hormigueo. El maldito hormigueo que anticipa el bloqueo de escritor. Suspiré, aparté las manos del teclado, y me recosté en la silla. Me sentía acabada. No había forma de que pudiera continuar. Traté de dar una calada al cigarrillo, pero seguía apagado. Busqué en los bolsillos sin encontrar el mechero. Tal vez lo había olvidado en la habitación del hotel. Sí, era eso. Sentí que el enojo me superaría y, en cualquier momento, tendría otro episodio de ansiedad. Pero una mano se extendió en mi ayuda en el último instante. Acerqué el cigarrillo al fuego y di una gran bocanada. Me sentí aliviada. Me sentí a salvo. Alcé la mirada para dar las gracias por el mechero. *No es nada*, me respondió la voz. Era una voz grave, amable, encantadora. Era la voz de Eduardo, que no dejaba de mirarme y sonreír.

Hubiera preferido ser una intrépida detective, pero uno no elige lo que la vida le depara, ni siquiera cuando está a punto de morir. Al parecer, yo solo era una escritora. Una escritora de novelas de misterio frustrada que nunca sabía cómo finalizar sus relatos. Aquella detective en la que había pensado probablemente era uno de mis personajes. A ella le debía toda esa astucia y conocimientos, la experiencia, la voluntad para sobrevivir. Tenía que estar agradecida con ella, incluso si solo era un personaje de ficción. Y tenía que estar agradecida conmigo misma por haberla creado, aunque no hubiera sido a mi imagen y semejanza.

De golpe, me di cuenta de que la amnesia que padecía probablemente era la responsable de que siguiera con vida. No saber quién era yo me había permitido imaginar que era quien yo hubiera querido ser. Y lo que más anhelaba era ser una sobreviviente.

El gallinazo finalmente alcanzó el cuerpo de la mujer. Aún se aproximaba con cautela, pero los ladridos del perro ya no lo hacían volar espantado de regreso al árbol. Solo daba un paso atrás, miraba alrededor, y volvía a avanzar.

Dio un brinco y se posó sobre el muslo de la mujer. Con el pico, ayudado por sus garras, arrancó un pedazo del colgajo de carne que el hachazo de Javier había provocado.

Los demás gallinazos cayeron en desbandada, y empezaron a pelearse por los pedazos de carne. De vez en cuando un estruendoso ladrido los hacía retirarse, pero ya no tardaban en regresar sobre el cuerpo. Yo podía verlos pelearse por tiras de carne, grasa y tendones, que los dejaban empapados de sangre, algo que parecía producirles más excitación.

No sé si Eduardo y Javier no se percataban de los gallinazos, o simplemente los ignoraban. El duro golpeteo de las herramientas había cesado, pero todavía podía escucharlos trabajar o maldecir de vez en cuando. Eso me indicaba que ya no quedaban azulejos, y que ahora cavaban la ancha fosa en la tierra, más blanda.

Me preocupó que terminaran demasiado pronto y pudieran enterrarnos esa misma noche. Había confiado en que el trabajo los ocuparía todo el día, y que yo tendría otra vez una oportunidad para escapar cuando se fueran a dormir. Ya no podía contar con eso. El tiempo se me estaba agotando, y todavía no lograba encontrar un plan para fugarme.

Uno de los gallinazos se posó sobre mí para acometer más cómodamente sobre el otro cuerpo. Aunque la situación era escalofriante, me había convencido de que el cuerpo destrozado de la mujer los mantendría ocupados por bastante tiempo. Solo cuando sentí las duras garras del gallinazo enterrándose en mi piel fui consciente de que, en realidad, no había ninguna razón para que no empezaran a devorarme a mí también.

Recordé la herida expuesta que tenía en la pierna. Aunque quedaba casi oculta debido a que yo estaba boca abajo, el olor de la sangre podía atraer la atención del animal.

Ni siquiera me esforcé por encontrar una salida. Cualquier movimiento de mi cuerpo podría ser percibido por Eduardo y Javier. De hecho, la conducta de los gallinazos me hacía saber que, incluso si me moviera para ahuyentarlos, eso no los haría desistir por mucho tiempo. Y si tenía la suerte de que los hombres no me vieran moverme la primera vez, era lógico suponer que lo notarían si me moviera varias veces.

No había nada que pudiera hacer. Si el animal decidía comerme,

lo haría, y yo solo podría tratar de aguantar el dolor y confiar en que no tardara demasiado en saciarse.

El primer picotazo me produjo pavor. Nunca antes había experimentado un dolor como ese. El gallinazo metió su pico en la herida, se aferró a un pedazo, y lo desprendió dando un tirón. La sensación fue horrible, no solo dolorosa, sino extraña y aterradora. Sentí mi propia carne desprenderse, como si una cuchilla me lacerara por dentro. El ardor me hacía apretar los dientes, y casi no podía contener las ganas de gritar.

Me sobrevino una taquicardia desbocada, y me di cuenta de que, en cualquier momento, mi cuerpo decidiría por mí que debía levantarse y huir. No sería posible quedarme inmóvil por mucho tiempo mientras el ave rapaz me comía. Mis instintos no me lo permitirían. Si el animal seguía arrancándome pedazos de carne, me retorcería y trataría de correr. Eduardo y Javier vendrían rápidamente hasta mí. Ni siquiera podía imaginarme cómo acabarían de matarme. Solo deseaba que fuera rápido. Ya había sufrido demasiado.

El segundo picotazo me desgajó un pedazo de piel, porque yo sentí como si mi pierna hubiera sido quemada por un hierro al rojo vivo. No podía soportarlo más. Apreté todos los músculos de mi cuerpo y respiré hondo para abastecerme de oxígeno.

Sabía que estaría muerta dentro de muy poco, pero al menos dejaría mi cuerpo tirado tan lejos de allí como pudiera.

Enterré las uñas en la tierra y empecé a levantarme.

## CAPÍTULO 8

La camioneta frenó en seco, arrastrando los neumáticos sobre las piedras. El ruido espantó a los gallinazos, y causó un gran alborozo en el perro. Me sentí aliviada, pero sabía que los animales no tardarían en acercarse de nuevo.

No podía levantarme y tratar de correr mientras Rodrigo permanecía en la camioneta, cortándome el paso. Permanecí inmóvil, esperando que entrara y se uniera a los otros. Pero no lo hizo. Abrió el portón y caminó hasta nosotras. Movió con el pie, con asco, el cuerpo a medio comer de la mujer elegante antes dar un alarido.

—¡Pero que imbéciles!

Eduardo y Javier salieron a confrontarlo.

—¿Cuál es el problema ahora? —preguntó Javier—. ¡Joder, solo vienes a fastidiarnos!

—¡¿No veis la cantidad de gallinazos que tenéis aquí?!

—¡¿Y cuál es el puto problema, tío?! —dijo Javier—. ¡Ya están muertas!

—Joder, ¡pues claro que están muertas! —dijo Rodrigo—. ¡Ese es el jodido problema! La poli entera está buscando a estas tías, y vosotros tenéis los cuerpos tirados a la mitad del patio con una bandada de gallinazos sobrevolándolos.

Javier empezó a golpear el suelo con la herramienta que tenía en las manos, desesperado y furioso.

—¡Mierda, mierda, mierda!— gritaba.

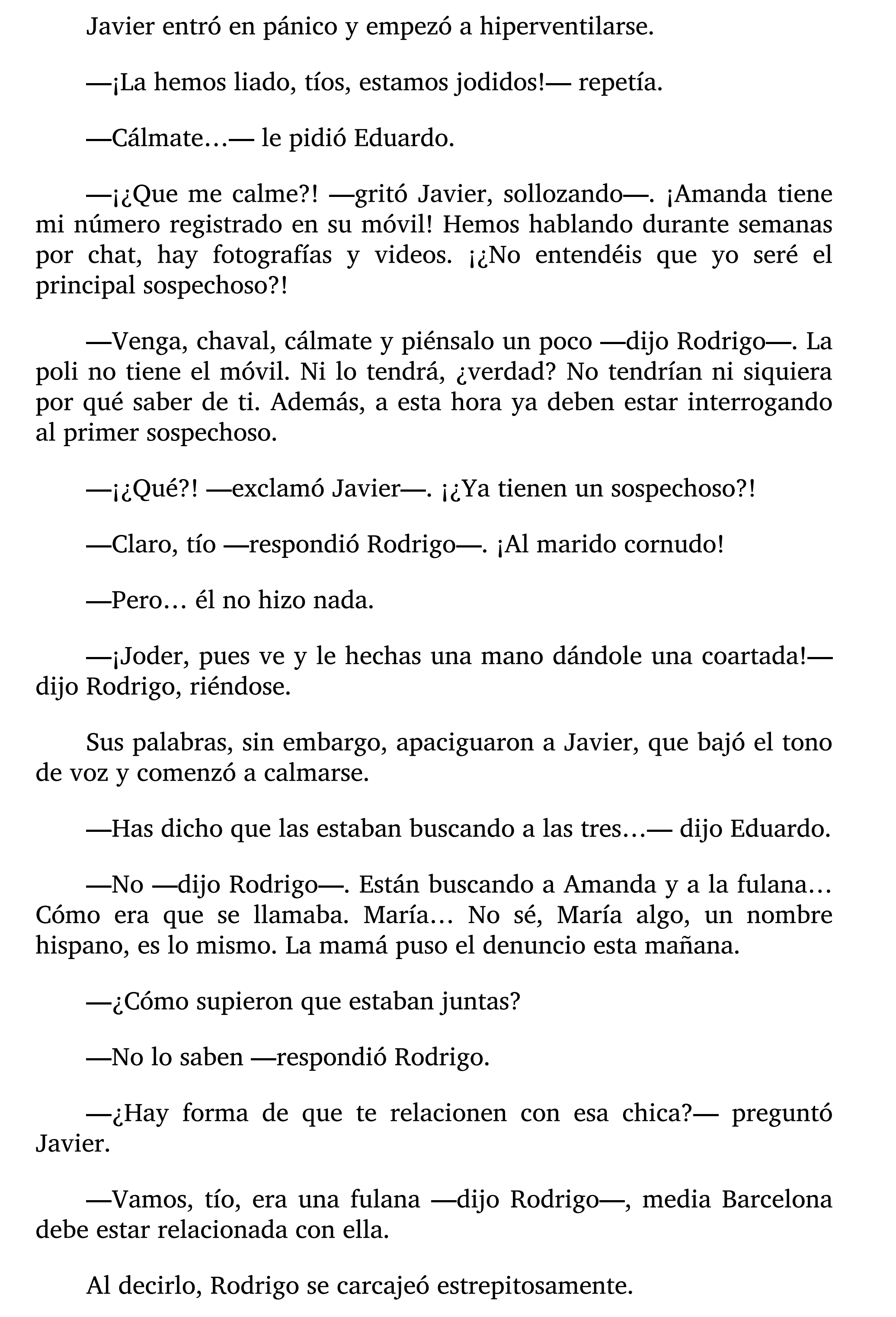
Eduardo, que por su tono de voz parecía más calmado, se acercó a Rodrigo.

—¿Has dicho que la policía las está buscando?

—Claro.

—¿Quién ha dado aviso?

—No sé, tío —respondió Rodrigo—. El hijo de Amanda, creo.



Javier entró en pánico y empezó a hiperventilarse.

—¡La hemos liado, tíos, estamos jodidos!— repetía.

—Cálmate…— le pidió Eduardo.

—¡¿Que me calme?! —gritó Javier, sollozando—. ¡Amanda tiene mi número registrado en su móvil! Hemos hablando durante semanas por chat, hay fotografías y videos. ¡¿No entendéis que yo seré el principal sospechoso?!

—Venga, chaval, cálmate y piénsalo un poco —dijo Rodrigo—. La poli no tiene el móvil. Ni lo tendrá, ¿verdad? No tendrían ni siquiera por qué saber de ti. Además, a esta hora ya deben estar interrogando al primer sospechoso.

—¡¿Qué?! —exclamó Javier—. ¡¿Ya tienen un sospechoso?!

—Claro, tío —respondió Rodrigo—. ¡Al marido cornudo!

—Pero… él no hizo nada.

—¡Joder, pues ve y le hechas una mano dándole una coartada!— dijo Rodrigo, riéndose.

Sus palabras, sin embargo, apaciguaron a Javier, que bajó el tono de voz y comenzó a calmarse.

—Has dicho que las estaban buscando a las tres…— dijo Eduardo.

—No —dijo Rodrigo—. Están buscando a Amanda y a la fulana… Cómo era que se llamaba. María… No sé, María algo, un nombre hispano, es lo mismo. La mamá puso el denuncio esta mañana.

—¿Cómo supieron que estaban juntas?

—No lo saben —respondió Rodrigo.

—¿Hay forma de que te relacionen con esa chica?— preguntó Javier.

—Vamos, tío, era una fulana —dijo Rodrigo—, media Barcelona debe estar relacionada con ella.

Al decirlo, Rodrigo se carcajeó estrepitosamente.

—¿Qué vamos a hacer?— preguntó Eduardo.

—Espantar a los gallinazos vendría a ser lo primero —dijo Rodrigo—. ¿Terminasteis la fosa?

Los tres se dirigieron al cobertizo. Un instante después, vi que el perro corría libremente por el lugar, persiguiendo a los gallinazos, que se vieron obligados a resguardarse otra vez en las ramas más altas de los árboles.

Al rato, los tres hombres volvieron a salir. Escuché sus pesados pasos sobre la gravilla mientras cargaban los materiales de construcción desde la camioneta.

Su idea era sencilla, pero reconocí que podía ser muy efectiva. Enterrarían nuestros cuerpos en la tierra y después reconstruirían el piso sobre la fosa. No habría casi ninguna posibilidad de que alguien descubriera que, bajo el piso del cobertizo, había tres cadáveres enterrados. Nadie nunca más sabría de nosotras. Amanda, María y yo estaríamos perdidas para siempre.

Saber sus nombres despertó en mí un sentimiento de tristeza que hasta ahora no había tenido hacia ellas. Conocerlas, a fin de cuentas, no era tan importante como saber que habían tenido una vida.

El hijo de Amanda había denunciado su desaparición. También lo había hecho la madre de María. Eran mujeres importantes para otros. Yo, en cambio… Preferí no pensar en eso. Preferí no tratar de recordar quién era yo ni de quién o de qué había estaba huyendo al viajar a Barcelona. Debía concentrarme en sobrevivir, solo eso. Si lo conseguía, ya tendría tiempo para convertirme en alguien más. Alguien a quien valiera la pena echar de menos.

El atardecer caía sobre los árboles, amenazando con cubrirnos otra vez de penumbra. La noche era, en esas circunstancias, una aliada formidable.

Los gallinazos ya no estaban activos, ni siquiera podía verlos. Se habían marchado o dormitaban entre las ramas. No tenía que preocuparme más por ellos, en cualquier caso. El perro, agotado por la infructuosa persecución, yacía cruzado de patas bajo los árboles, como si estuviera dispuesto a vigilarlos toda la noche. Había perdido cualquier interés en nosotras.

Más tarde, mientras una luz muy tenue aún iluminaba la carretera, Rodrigo salió del cobertizo, encendió su motocicleta y se marchó.

Él era quien más pavor me producía y, hasta donde había podido deducir, el único de los hombres que tenía un arma de fuego. Rodrigo debía de ser el responsable de la herida que yo tenía en la pierna. Sin embargo, por esa misma razón, era poco probable que también fuera el responsable del estrangulamiento de Amanda o del golpe que yo había recibido en la cabeza.

Supuse que eso había sido obra de Javier y de Eduardo. Tal vez presionados e intimidados por Rodrigo. O quizá estimulados por la barbarie que él había cometido contra María. No lo sé. La crueldad es igual de contagiosa entre hombres sin escrúpulos que entre cobardes.

Eduardo y Javier presentaban un obstáculo mayor, por supuesto, pero no consideraba que fuera imposible superarlos. Desde hacía dos noches, el tiempo que yo había estado muerta para ellos, no dejaban de cometer errores e imprudencias. Factores fuera de mi control me habían impedido aprovechar esas oportunidades para escapar.

No obstante, seguía viva, y eso demostraba que, a pesar de todo, ni Eduardo ni Javier tenían la mínima sospecha sobre mí. La única ventaja que siempre había tenido seguía en mi posesión.

El plan volvió a ser el mismo de antes. Ya sabía que, cuando avanzara la noche, Eduardo y Javier encerrarían al perro en el cobertizo y entrarían a la bodega. Un par de horas más tarde me levantaría, escalaría el portón o cavaría debajo de él, y correría por la carretera hasta encontrar otra propiedad en la que pudiera pedir ayuda o esconderme. El hacha estaba tirada a un lado de Amanda, así que las posibilidades de éxito eran mayores.

Me producía una gran excitación la espera, porque sentía, en lo más hondo de mis entrañas, que la libertad por fin estaba a mi alcance.

Cuando escuché los pasos al salir del cobertizo, todo mi cuerpo se puso en alerta. La emoción me removía. Aunque estaba malherida y agotada, la adrenalina me hacia sentir que podría hacer cualquier cosa. Lo que fuera. La espera me producía mucha ansiedad, pero esta vez era una sensación agradable. Añoraba, como una niña a un regalo, el momento en el que Eduardo y Javier cerraran la puerta de la bodega y apagaran las luces. La libertad ya no sería solo un sueño, sino un objeto tangible, el hacha en mis manos, las piedras de la carretera bajo mis pies, las ramas de los árboles ondeando nuevamente sobre mi cabeza.

—¡Rocky— gritó Javier.

El gran Rottweiler negro espabiló y pegó carrera hasta llegar donde estaban los hombres. Escuché el ruido de la cadena deslizándose sobre sí misma mientras lo amarraban a una viga.

Me sorprendió que lo hicieran tan temprano, pero eso tenía sentido. Ambos habían estado trabajando arduamente desde la mañana, debían de estar exhaustos. Se quedarían dormidos muy pronto. Dormirían un sueño pesado. ¡Todo me parecía cada vez más favorable!

El cuerpo de Amanda se desplazó rápidamente por el suelo, hasta quedar fuera de mi campo visual. Escuché a Eduardo y Javier jadear mientras lo arrastraban hasta el cobertizo.

Antes de que pudiera reaccionar, antes de que pudiera siquiera pensar en lo que debía hacer, las manos de los hombres me agarraron por los tobillos y me tiraron con fuerza. Fui arrastrada boca abajo sobre las piedras por varios metros, y arrojada a un lado del cuerpo de Amanda.

Al caer, el filo de una antigua cañería rota me perforó las costillas. Un momento después, el cuerpo de María cayó sobre nosotras.

Me hubiera gustado llorar al darme cuenta de que todo mi esfuerzo había sido en vano. Me hubiera gustado llorar mi propia muerte, ya que probablemente nadie más lo haría. Pero, cuando pierdes la esperanza, lo pierdes todo, hasta las ganas de llorar.

## CAPÍTULO 9

No tenían planeado dejar los cuerpos otra noche más a la intemperie.

Escuché a Eduardo y Javier acordar que irían a comer algo y descansar un poco, y enseguida regresarían al cobertizo para terminar el trabajo. Lo harían esa misma noche. Alargar el asunto podía ser muy peligroso si la policía nos estaba buscando. Además, Rodrigo se los había exigido, y ellos no querían tener más problemas con él. La mierda los cubría hasta el cuello, pero sentían que dentro de muy poco habrían resuelto el problema de forma definitiva.

Envidié esa sensación. Yo misma la había experimentado hacía solo unas horas, cuando la ilusión de la libertad me había sobrecogido. Incluso había fantaseado con una nueva vida, una vida mejor, pero ni siquiera recordaba quién era.

Yo no era más que los fragmentos dispersos de un tiempo aciago. Me había recluido en la habitación de un hotel en la playa, pero estaba bastante segura de que aquellas no eran vacaciones. Yo era una mujer triste y solitaria. Una escritora incapaz de terminar una maldita novela.

Cuando Eduardo se mostró interesado en mí, debí de sentirme halagada. No habrá tardado demasiado en hacerme sonreír. Me pregunto si hicimos el amor solo una vez, o toda la noche hasta que el amanecer lo descubrió sentado junto a la ventana, encendiendo el cigarrillo, mirándome como si acabara de descubrir que me amaba. Tal vez pensé que la nuestra sería una de esas historias románticas que florecen en el verano. Pero no fue así. La sangre que brotaba de mis costillas me hacía caer inexorablemente hacia el invierno definitivo.

Imaginé que esa noche Eduardo y yo habríamos recorrido las terrazas como dos jóvenes amantes. Agarrarse de las manos, correr por las ramblas, mirar el oleaje romper sobre la playa, darse un inesperado beso a la mitad de la calle… Alguien habría gritado su nombre, a lo lejos, entre la multitud. Javier y Amanda vendrían caminando, un poco más discretos, sin atreverse todavía a tomarse de las manos. ¿Cuál habrá sido mi primera impresión de Amanda al conocerla? ¿Cuál su impresión acerca de mí? ¿Le habré dicho mi nombre?

Tendríamos que estar pasando un buen rato cuando Rodrigo se acercó a la mesa con María. Debió de parecerme que él tenía un

aspecto grotesco y desagradable. Aunque no peligroso, supongo. El perfume barato de María, aplicado en exceso, habrá llamado mi atención. Tal vez no dije nada. O tal vez le hice un comentario a Eduardo que nos hizo reír disimuladamente. ¿Me habré burlado de ella? Si pudiera hacerlo, le pediría perdón. Le confesaría que lamento no haberla conocido. Le confesaría que la envidio porque, en algún lugar, alguien la esperar con ansias, inútilmente.

Rodrigo nos habrá invitado a la ostentosa mansión. Tenía que demostrar que valía más que todos nosotros. Él pertenece a esa clase de hombres corrientes, mediocres, que no reconocen la diferencia entre valor y precio. Si hubiera sabido que se trataba de un policía, no habría aceptado la invitación. Un policía no gana lo suficiente para costear una mansión. No un policía honesto. Pero yo no lo sabía. Y estaba demasiado enceguecía por la ilusión del amor a primera vista para siquiera preguntarlo. Iría adonde Eduardo fuera, porque con él me sentía otra mujer, y ella era arrojada, intrépida y segura. Como el personaje de una novela, justo así.

No se qué habrá causado la explosión de ira que llevó a Rodrigo a matar a sangre fría a María. Tal vez se burló de él de algún modo, y Rodrigo no pudo soportarlo. La autoestima y el orgullo de esos hombres pende peligrosamente de un hilo muy fino. O el alcohol y las drogas crearon un cóctel letal que lo hizo cometer una imprudencia. O quería demostrarnos que, además de dinero, tenía poder. O había premeditado el asesinato de María y necesitaba que Eduardo y Javier se involucraran para que cubrieran la mierda que él iba dejando por el camino. O tal vez asesinarnos era algo que los tres habían planeado.

Cuando Eduardo me dijo que Rodrigo era policía, tuve que sentir la tierra abrirse bajo mis pies. Tan rápidamente como se crean, las ilusiones también desaparecen. Me pregunto si los tres decidieron que nos matarían también a Amanda y a mí antes o después de que tratáramos de huir.

¿Habré saltado por la ventana? Es probable. Tuve que haber corrido varios metros, porque la bala impactó de lado, sobre el muslo, y el daño fue menor que en un disparo a quemarropa. Tal vez fue Eduardo quien me alcanzó, tumbada de rodillas en el suelo, y me golpeó en la cabeza. Si hubiera sido Rodrigo, se habría asegurado de que estuviera muerta. Pero ahora no les quedaba tiempo para eso. Tenían que apresurarse, subirnos a la camioneta, conducir a oscuras por el bosque hasta la vieja bodega. Rodrigo se encargaría de limpiar la sangre y distraer a la policía, en caso de que alguien hubiera escuchado los disparos.

Traté de levantarme, pero la removida tierra era blanda y estaba húmeda, y mis brazos se enterraban en lugar de empujarme hacia arriba.

Casi todo el cuerpo de María había caído sobre mí, no sería capaz de incorporarme. Además, el dolor en las costillas era punzante, como si un cuchillo se me clavara cada vez más profundo en la carne.

Me sentí desconsolada, abatida. Moriría irremediablemente en esa fosa cuando Eduardo y Javier empezaran a arrojarnos la tierra encima. Maldije de mi destino. Qué maldita vida habría llevado para merecer morir de esa manera. Me sorprendí deseando con fervor que Rodrigo hubiera acertado el disparo en mi cabeza. La desesperanza, después de todo, tiene una noble función en las postrimerías: nos hace desear la muerte en lugar de aferrarnos en vano a la vida. Y desear la muerte cuando ya no tienes otra salida es, de alguna forma, un gran consuelo.

Me alivió darme cuenta de que la muerte me resultaba apetecible. Si no había podido escapar, al menos podría dejar de sentir aquel dolor infame. Quise que Eduardo y Javier regresaran tan rápidamente como fuera posible y concluyeran su trabajo. Lo único en lo que podía pensar era en dejar de sentir.

Doblé mi brazo para tratar de palpar la herida con mi mano. No pude descubrir si mis costillas se habían quebrado, pero había mucha sangre y un pedazo de tubería seguía enterrado dentro de mí. Busqué a tientas una roca, metí la mano por el agujero en la tubería, y traté desde adentro de golpearla hasta romperla y aliviarme el dolor.

No fue difícil. Era una tubería antigua de barro cocido, en desuso hacía mucho tiempo. Aunque tenía que hacer un gran esfuerzo para impactarla desde adentro en esa posición, el barro no tardaba en quebrarse en pedacitos. El golpeteo no era demasiado ruidoso, pero el eco lo hacía resonar en todo el cobertizo, y el perro comenzó a dar alaridos.

Traté de hacer más ruido a propósito, buscando que los ladridos alertaran a los hombres y vinieran a ver lo que pasaba. Quería, más que nada, que pusieran la tierra sobre mí y acabaran con mi sufrimiento. Pero no lo hicieron. No tendrían por qué hacerlo. Yo no les había dado ninguna razón para sospechar que seguía con vida. Mi plan había sido todo un éxito, desafortunadamente.

Cuando el pedazo de tubería se desprendió, sentí un gran alivio. Mi abdomen quedó suspendido en el aire, sobre el vacío interior de la

tubería. Dejé caer la roca, y me preparé para esperar. No podía hacer nada más. No quería hacer nada más. Sin embargo, el sonido de la roca al caer llamó mi atención.

No fui yo quien lo notó, sino los vestigios de la novelista que aún quedaban dentro de mí. Busqué otra roca, un poco más grande, y la arrojé por la grieta que había hecho en la tubería. El sonido del impacto no era precisamente instantáneo. ¿Eso quería decir que…? Metí el brazo por el agujero hasta el codo. Tuve que estirar la mano para que mis dedos pudieran alcanzar el extremo inferior del tubo. Debía de tener al menos 40 cm de diámetro.

El primer golpe con la pica le había causado un pequeño agujero, con el que yo me había lastimado, pero desde entonces Eduardo y Javier tendrían que haberlo evitado. Por eso la tubería seguía enterrada bajo la tierra, y yo no había podido notar su verdadero espesor. Además, la sensación térmica del extremo inferior del tubo era más fría que el resto. La humedad de la tierra tendría que estar filtrándose hacia el interior. Pero el hecho de que el tubo no estuviera inundado solo podía significar una cosa: había un extremo descubierto. No importaba si estaba a pocos metros o a varios kilómetros, yo estuve segura de que esa tubería, en algún punto, conducía a un desagüe.

La adrenalina que antes me había abandonado, volvió a mí como una explosión. Yo deseaba morir, pero en la fosa había tres cuerpos. Amanda y María merecían que entregara hasta mi última gota de sangre intentado escapar. Sus muertes debían conocer la justicia. Sus familias merecían saber lo que les había sucedido. Y yo… bueno, yo tenía una novela que terminar. Y, en ese momento, agonizando en mi propia tumba, se me antojó que escribir una novela era una razón demasiado poderosa para sobrevivir.

La puerta de la bodega se abrió, y pude escuchar la voz de Javier reprendiendo al perro por el escándalo que hacía. Me di cuenta de que no tenía más que unos pocos segundos para actuar. Rápidamente, busqué y extraje la venda que había guardado en el bolsillo de Amanda. La escondí en la tubería y volví a estar muerta antes de que Eduardo y Javier encendieran la luz.

—Ya está, ¿verdad?— preguntó Javier.

—Supongo— dijo Eduardo.

—Todavía no puedo creer que todo esto haya pasado— dijo

Javier.

—Yo tampoco.

—¿Sabes? —dijo Javier—. En el fondo…

—¿Qué?

—No sé cómo decirlo.

—Solo dilo y ya— dijo Eduardo.

—Creo que lo disfruté.

—Qué hijo de puta.

—¿Tú no? —preguntó Javier—. ¿No has sentido ni siquiera por un instante que lo has disfrutado?

—¡Joder! —dijo Eduardo—. ¡Claro que no!

Javier empezó a palear la tierra y arrojarla sobre nosotras.

—Creo que estás mintiendo.

—No— dijo Eduardo.

Ahora ambos arrojaban tierra sobre nosotras, y todo empezó a ser otra vez oscuro y frío.

—Puedes decirme la verdad, tío— insistió Javier.

Hubo un silencio entre ambos. La tierra continuó cayendo, y yo ya casi no podía respirar, pero aún había resquicios de luz que se filtraban. Debía esperar un poco más.

—Creo que la extraño— dijo Eduardo.

Escuché la risa de Javier, pero era un sonido distante, como si lo estuviera escuchado desde debajo del agua.

La oscuridad ya era total. Me abrí camino entre la tierra para meter mi mano en la tubería. Envolví la roca en la venda y empecé a golpear desde adentro, debajo del lugar donde estaba mi rostro.

Rápidamente, el barro se resquebrajó y pude volver a respirar, aunque me di cuenta de que no había demasiado oxígeno. Tenía que

ser rápida, pero no tanto para que Eduardo y Javier pudieran percibir algún movimiento.

No podía sentir la caída de la tierra sobre nosotras, pero el aumento de la presión sobre mi cuerpo me revelaba el avance de los hombres.

Golpeé con la roca los bordes de los agujeros en el tubo hasta que abrí un hueco más ancho que el tamaño de mi cabeza. Repté a través de él hasta meter todo mi cuerpo en la tubería. Lo hice despacio, cuidando que mi movimiento abriera apenas espacio para que la tierra lo ocupara sin que Eduardo y Javier pudieran notarlo.

Adentro de la tubería, la penumbra era total, como si yo hubiera perdido la visión, y no se escuchaba ningún ruido en absoluto. Ni siquiera podía ver mi propia mano puesta justo sobre mi nariz. Habría tenido un ataque de ansiedad por la claustrofobia, pero yo estaba demasiado preocupada por sobrevivir para quejarme. Tenía que avanzar por la tubería, buscar el desagüe. Confiar en que habría un desagüe.

Empecé a arrastrarme a tientas, con mucha dificultad, sin saber si realmente estaba avanzando o solo me retorcía en el mismo lugar. No había más que oscuridad y silencio. Ni siquiera sentía el dolor que debía provenir de mis heridas.

No pensaba en nada, solo me arrastraba irracionalmente por esa estrecha tubería, guiada por un deseo acaso insensato de sobrevivir a toda costa. Tenía la esperanza de que, en algún momento, vería una luz brillante al final del oscuro túnel.

Me daba lo mismo si eso significaba que había encontrado una salida, o simplemente estaba muerta.

***

## NOTA FINAL

El 24 de mayo de 2022, en una escuela de Uvalde, un pequeño pueblo de Texas, fueron asesinados en un tiroteo 19 estudiantes y 2 maestras. El perpetrador del atroz crimen fue un joven de 18 años, a quien sus amigos describieron como tímido y dócil. Tambíen contaron que era víctima de acoso escolar.

Una de las sobrevivientes del tiroteo fue una niña de tan solo 11 años: se impregnó con la sangre de una de sus compañeritas, y fingió estar muerta para pasar desapercibida hasta que la policía abatió al atacante. Aunque sobrevivió, la niña padeció graves secuelas, incluyendo la pérdida temporal de la memoria y del habla.

Me siento obligada a confesar que este relato está inspirado en esa niña. Sin embargo, estoy segura de que nadie en el mundo puede ni siquiera imaginarse lo que ella vivió y sintió. Por eso la protagonista no es ella, sino alguien más: una novelista frustrada que no encuentra la mejor forma de contar una historia que no tendría por qué haber sucedido jamás.

*Karen Parra*

# Table of Contents